
EDWARD WHEE
EL PELIGRO
ESCARLATA
Colección
LUCHADORE
DEL ESPACIO

Edward Wheel

El peligro escarlata

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III 23 VALENCIA



Depósito Legal V. 2041.—1962.
Número de registro : 2584.—1962.

PRINTED IN SPAIN
EDITORIAL VALENCIANA. —VALENCIA

EL PELIGRO ESCARLATA



CAPÍTULO PRIMERO

I

NSISTO en que su laboratorio debe ser evacuado inmediatamente, profesor Reader. Nuestra patria agoniza con más rapidez de lo previsto. De un momento a otro, los aliados pueden desencadenar una invasión y, si hemos de confiar en sus vaticinios de victoria, gracias al arma que nos viene anunciando...

El profesor Otto Reader se puso en pie con cierta violencia, y sus ojos relumbraron coléricos tras las gruesas gafas.

Aguadamente, dio varios pasos por el amplio despacho, con las manos en la espalda y la blanca bata entreabierta.

—Almirante Canaris: Me conoce perfectamente y sabe que nunca he asegurado nada sin tener una base firme en la que apoyar mis teorías. En esta ocasión, le afirmo rotundamente que si Alemania logra detener el avance aliado por espacio de una semana, mi invento será una realidad. Una realidad que dará la victoria al Führer. Estoy a punto de dar cima al arma más terrible y asombrosa de todos los

tiempos. Venga. Le haré una pequeña demostración.

El almirante apagó el cigarro que había estado fumando y siguió al científico.

Los dos hombres atravesaron la puerta lateral de la habitación donde habían estado hablando y entraron en un enorme laboratorio atestado de utensilios.

Al fondo de la gran nave, había un grupo de tres hombres jóvenes que trabajaban alrededor de una campana de vidrio.

—Almirante, le presento a mis tres ayudantes: Paul Riedman, Viktor Bohm y Erald Ciller. Señores —agregó dirigiéndose a éstos—, el almirante Canaris nos honra con su visita.

Los cuatro hombres se estrecharon la mano y quedaron pendientes de las palabras que iba a pronunciar el profesor Reader.

—Amigos míos: el almirante pone en duda que el arma en la que llevamos trabajando tantos años y cuya construcción hemos intensificado desde el año 1939 en que estalló la guerra, sea suficientemente poderosa para terminar la contienda con el triunfo para Alemania. Como supongo que el almirante Canaris viene enviado directamente por nuestro Führer, he decidido hacerle una demostración práctica, a fin de que el hombre que rige los destinos de nuestra nación, no abrigue ninguna duda sobre el alcance del invento que vamos a poner a su disposición dentro de breves días. Paul, ponga un trozo de platino en el interior de la campana.

El joven tomó un trozo del metal indicado y lo colocó en el interior del recipiente.

—-Ustedes, Viktor y Erald, ocúpense de limitar la acción del “Grado Crítico” a la mitad de esa bola de metal. Yo me ocuparé del resto.

Mientras hablaba, se había dirigido a un pequeño aparato, que el almirante examinó con curiosidad.

Sus dimensiones eran bastante reducidas, y lo único que llamó la atención del hombre de Estado fue una especie de superficie metálica junto a la cual había varias varillas de acero.

El profesor apretó un conmutador y las pequeñas láminas oscilaron con inusitada rapidez.

Transcurrieron varios segundos llenos de tensión. Las pequeñas partes metálicas habían adquirido tanta velocidad que producían la ilusión óptica de estar quietas. En el tranquilo ambiente del laboratorio, los cinco hombres guardaban silencio, mientras que los aparatos funcionaban con un zumbido apagado.

—Ahora, fíjese en la bolita de platino—dijo el profesor mientras se

disponía a dar vuelta a un dial.

El almirante obedeció la indicación que le hacía el hombre de ciencia, y sus ojos se dilataron por la sorpresa.

La pequeña bola de metal dio la sensación de haber sido partida por un invisible cuchillo. Una de las mitades se movió extrañamente durante una fracción de segundo y se puso al rojo blanco para licuarse de pronto y arder con la misma facilidad que si se tratara de un trozo de carbón. La otra porción, sin embargo, quedó intacta, como si la inmensa temperatura que se había desarrollado a pocos milímetros de distancia no la hubiera afectado en nada.

Las palabras del profesor Reader sacaron de su estupor al almirante.

—¿Qué opina usted de mi invento, señor?

—Me parece algo fantástico—repuso Canaris—; pero, francamente, no comprendo a dónde quiere usted ir a parar con todo esto. No sé qué relación puede tener el fundir un trozo de platino, con la terminación de la campaña...

—¿Sabe cuántos grados de temperatura han sido necesarios para hacer arder esa pequeña porción de metal, almirante?

—No sé, profesor; pero...

—Cuatro mil grados, almirante—prosiguió el profesor sin dejar que el otro terminara—. Cuatro mil grados-de temperatura conseguidos en pocos segundos. Cuatro mil grados que han hecho arder un trozo de platino sin que se haya producido ni un grado de aumento en la temperatura del trozo que componía la otra mitad. ¿No le parece maravilloso?

—En efecto; me parece formidable, profesor. Su invento revolucionará la industria—aceptó el almirante—. Pero, desgraciadamente, si perdemos la guerra, nuestra industria no podrá beneficiarse con su “Grado Crítico”, profesor.

El científico sonrió sin alegría, y contestó:

— ¿Qué pasaría si las islas británicas o el continente americano adquirieran de improviso una temperatura de cien mil grados, por ejemplo, almirante?

Las palabras fueron dichas con tanta tranquilidad, que el hombre de Estado tardó varios segundos en asimilarlas.

Palideció ligeramente y sus músculos faciales se contrajeron con ansiedad.

—¿Habla usted en serio, profesor?—preguntó viendo con los ojos de la imaginación cómo se derretía la pequeña bolita de platino—. ¿Puede usted hacer eso que acaba de insinuar?

Su emoción había llegado a tal punto que su mano derecha apretaba convulsivamente la solapa de la bata del profesor.

—Yo no lo haré, almirante—dijo Reader mientras soltaba con suavidad la pechera de los engaritados dedos de su interlocutor. Y cuando el desencanto brillaba en los ojos de éste, agregó: —lo hará el "Grado Crítico", almirante.

—Luego entonces, puede hacerse. ¡Podemos ganar la guerra en el último instante! ¡Cuando ya no quedaban esperanzas!... Vendrá usted conmigo, profesor. Es preciso que le haga una demostración al Führer como la que me acaba de hacer a mí. Le aseguro que será el hombre más importante de Alemania. Adolpho Hitler le recompensará debidamente, y nuestra patria le deberá su triunfo.

—Mi patriotismo no admite recompensas, almirante. El triunfo de nuestra causa será suficiente recompensa para mí. En cuanto a esa idea de acompañarle, la considero precipitada. Quizás sea posible dentro de unos días.

— ¡Cómo! ¿Se niega a presentarse ante Hitler?

—De ninguna manera, almirante. Lo que ocurre es que usted parece haber olvidado que mi invento no está ultimado. Ya le dije al principio que hasta dentro de una semana...

— ¡Bah!—exclamó eufóricamente el almirante—. Acabo de ver la demostración que me ha hecho. El "Grado Crítico", como usted lo llama, puede entrar en acción inmediatamente.

—Se equivoca, señor Canaris. Precisamente, me falta lo principal. No he podido localizar todavía sus efectos sobre un punto determinado.

—Eso no importa, profesor. América es muy grande y sus habitantes son nuestros enemigos. Cuantos más perezcan...

—No me ha entendido bien, almirante. Al decirle que no puedo limitar la acción del "Grado Crítico", quise decir que es imposible utilizarlo, ya que nosotros mismos seríamos sus víctimas. Su poder es tan enorme que todo el mundo desaparecería en contados minutos. Los mares se desecarían, la atmósfera se volatilizaría, y desaparecería de nuestro planeta hasta el último resto de vida animal o vegetal. Incluso las piedras quedarían pulverizadas.

—¿Entonces?

—Entonces no hay otro remedio que esperar unos días más, hasta que mis ayudantes y yo demos con la fórmula que nos permita aislar los efectos de esta arma y poder centrarlos únicamente en el punto que nos interese. Mientras tanto, no podemos utilizar este ingenio bélico. He estudiado detenidamente sus efectos y he llegado a la conclusión de que la atmósfera sería un magnífico conductor

calorífico. Un conductor que nos destruiría a todos por igual, almirante.

—¿Tardará mucho en descubrir ese aislante, profesor?—preguntó el almirante con ansiedad.

—Pocos días, señor Canaris. Comuníqueselo al Führer con un respetuoso saludo nuestro.

—De acuerdo, profesor. Pero permítame que insista nuevamente en la urgencia con que necesitamos su invento. Tan pronto llegue a Berlín, le enviaré un grupo de hombres de la S. S. a fin de que vigilen debidamente este edificio. Están ustedes demasiado aislados, y el espionaje puede localizarlos. Mañana mismo tendrá aquí a esos hombres—aseguró mientras salía del inmenso laboratorio.

* * *

— ¡Aquí está!— exclamó el profesor Reader golpeando el cuaderno de notas que tenía sobre la mesa.

Los tres ayudantes abandonaron las tareas que estaban haciendo y se agruparon tras de su jefe.

—Señores—dijo éste volviéndose hacia ellos—. En este momento, las tres y dieciséis minutos del día uno de Mayo de 1945, acabo de descubrir la fórmula que le dará el triunfo a nuestra patria. Viktor, traiga usted alguna bebida. Quiero que brindemos por nuestro éxito y por la victoria de Alemania.

El joven se dirigió hacia una vitrina que había en uno de los ángulos del laboratorio y extrajo una botella llena de licor.

—En este pequeño bloc está desarrollado el invento más grande de todos los siglos—dijo Reader mientras Viktor llenaba las cuatro copas.

Y en aquel momento, los tubos fluorescentes que iluminaban el gran laboratorio parpadearon varias veces, como si se hubieran asombrado del ingenio bélico que en aquella sala se acababa de ultimar.

El profesor y sus ayudantes suspendieron el brindis con las copas en alto, y ya iban a continuar, viendo que las luces habían recobrado su esplendor, cuando sobrevino el apagón.

Los cuatro hombres quedaron silenciosos por espacio de algunos segundos.

—¡Hum! Ya se ha vuelto a averiar el grupo electrógeno—expresó el profesor con disgusto—. Pero este incidente no va a privarnos de efectuar el brindis. Viktor, encienda una cerilla.

Se oyó al joven dejar su copa en algún sitio y en seguida brotó la vacilante luz de una cerilla.

El profesor depositó el cuaderno y su copa en la pequeña mesa en que había estado trabajando y destapó una lamparilla de alcohol que utilizaba corrientemente para lacrar la correspondencia oficial.

La llama azul del alcohol iluminó tenuemente el laboratorio, dándole un aspecto fantasmagórico. El leve fulgor de las estrellas se filtraba por los grandes ventanales, prolongando las misteriosas sombras de la estancia.

Los cuatro hombres, destacándose en la oscuridad por sus vestiduras blancas, continuaron su brindis con la misma solemnidad que si se tratara de un rito.

Se oyó el gemido de una madera, como si estuviera siendo víctima de una fuerte presión.

Los científicos clavaron los ojos en las tinieblas, inquiriendo la causa de aquel ruido, pero sus pupilas no pudieron descubrir nada.

—Habrá sido el aire—aventuró el profesor—. Bebamos nuestra copa y bajaremos a ver qué le ha pasado a ese dichoso grupo electrógeno.

Las palabras del profesor disiparon la ligera alarma que el extraño ruido había provocado; pero Viktor, de una manera inconsciente, miró a uno de los ventanales y lanzó una exclamación de sorpresa.

Sus compañeros miraron en la misma dirección y sintieron que el asombro los dejaba paralizados.

A través de los grandes vidrios, estaban siendo observados por un ser de pesadilla.

Tenía los ojos del tamaño de un huevo de gallina y relucían en la oscuridad como dos bolas de fuego líquido- Aquellas pupilas convergían por sus puntos más estrechos y estaban situadas en el centro de una gran bola de color lechoso que, por su parte inferior, se dividía en cinco tentáculos rojizos, de unos diez o doce metros de largo.

Los cuatro hombres de ciencia retrocedieron, agrupándose, presa del más vivo terror, como si con el contacto de sus cuerpos pretendieran mitigar los efectos de la horrible visión.

El profesor Reader tuvo la suficiente presencia de ánimo para llevar la mano hacia uno de los timbres de alarma que los hombres del S. S. habían instalado en el laboratorio. Pero cuando lo oprimió varias veces sin resultado, recordó que no había fluido eléctrico y, por lo tanto, aquel timbre no podía funcionar. Y para colmar la terrible sorpresa que sentían los científicos, diez o doce monstruos más se acercaban flotando misteriosamente por el aire, rodeando los grandes árboles que había en el gran parque que circundaba el edificio.

El profesor Reader comprendió que aquellos monstruosos seres pretendían algo de ellos y, presintiendo que no sería nada bueno, pensó salir del laboratorio y avisar a los hombres que íes había mandado el almirante Canaris.

Precipitadamente, dio media vuelta y, sin preocuparse de la mesita, que en su premura había volcado, anduvo algunos pasos hacia la puerta.

Varios acontecimientos se sucedieron con gran rapidez.

La lámpara de alcohol chocó contra el suelo y se rompió con estrépito. Una llamarada brotó del combustible derramado y prendió en el cuadernillo donde estaba desarrollada la fórmula que acababa de terminar el científico.

Este miró hacia atrás y, al darse cuenta de lo que ocurría, olvidó su intención de pedir auxilio y retrocedió sobre sus pasos, intentando salvar la preciosa fórmula.

Y como si ésta hubiese sido la señal que esperaban los misteriosos seres, se oyó un ruido de cristales rotos y, por diferentes ventanas, se proyectaron al interior varios tentáculos que, ondulantes, buscaron su presa.

Reader soltó el cuaderno que había conseguido rescatar a las llamas y se incorporó forcejeando desesperadamente con el látigo carnoso que se le había enroscado en la garganta.

Sus tres ayudantes se debatían también, presa de otros monstruos.

La lucha se prolongó por espacio de Varios minutos entre jadeos y apagadas exclamaciones.

Mientras tatito, las llamas de algunos muebles iluminaban la dantesca escena.

Poco a poco, los cuatro hombres fueron arrastrados hacia las ventanas, y unos segundos después, se sintieron elevados en el aire por sus fantásticos captores.

Estos se movían en la atmósfera con gran facilidad usando de sus tentáculos, semejantes a los de gigantescos pulpos, y sirviéndose de las grandes membranas que remataban sus miembros, a modo de remos, que les permitía dirigirse en la dirección deseada.

Y en aquel momento, un volcán de fuego brotó del edificio donde había estado instalado el laboratorio.

Uno de los grandes depósitos de sustancias inflamables que los hombres de ciencia tenían para sus experimentos, había sido alcanzado por las llamas y había hecho explosión, incendiándolo todo.

Diez o doce hombres salieron con las armas empuñadas y mirando en todas direcciones, desconcertados.

Uno de ellos elevó la vista y al descubrir las siluetas de los monstruos flotando en el aire, se encaró la metralleta y disparó una larga ráfaga.

Sus compañeros le imitaron aterrorizados.

Pero los proyectiles no surtieron el menor efecto en los extraños cefalópodos aéreos. Sin embargo, se enfurecieron.

Varios tentáculos se alargaron en la noche con violáceos reflejos y, cual gigantescas trompas de elefante, proyectaron hacia abajo chorros de vapor azul.

Los hombres de la S. S. se vieron envueltos durante algunos segundos por una nebulosa de metálicos reflejos y, soltando las armas, cayeron inertes.

Y como si el fuego quisiera contribuir a la trágica escena, cientos de millones de chispas ígneas brotaron del edificio en llamas y se esparcieron en todas direcciones, produciendo nuevos incendios en la vegetación del parque.

Varios minutos después, el profesor y sus tres ayudantes fueron depositados en el interior de un imponente artefacto que había parado en el fondo de un pequeño valle, y sus captores los encerraron en una cabina.

Un zumbido de motores hizo trepidar las paredes circulares del extraño camarote y, por el ojo de buey que había en un lado, vieron hundirse la tierra bajo sus pies.

Aunque el profesor y sus ayudantes no pudieron adivinarlo en aquellos momentos, viajaban con rumbo a Morolo, el planeta donde los aguardaba el destino más extraño y diabólico que hombre alguno hubiese podido imaginar.

CAPÍTULO II

HERBER Craig se retrepó en el sillón y consultó la hora en su reloj de pulsera.

—Las diez menos tres minutos—murmuró haciendo un gesto de impaciencia.

Sus manos blancas y bien cuidadas se posaron como dos palomas asustadas en el borde de la gran mesa de despacho, y sus ojos recorrieron los estantes que rodeaban la habitación repletos de libros colocados en perfecto orden.

Inconscientemente, se pasó la lengua por los resecos labios y, con un gesto lleno de fatalismo, llevó la mano hacia el cajón de la mesa y empuñó una pistola eléctrica de grandes proporciones.

Una palidez intensa había cubierto sus correctas facciones, y sus labios dibujaron una trágica mueca, mientras comprobaba que la pequeña batería del arma estaba repleta de energía.

El joven sopesó durante un instante el arma en su mano derecha y la montó con un brusco movimiento, que arrancó un macabro chasquido al acero.

Y entonces fue cuando la puerta se abrió con brusquedad, haciéndole ocultar el arma y mirar con sobresalto.

Una silueta apareció en el umbral. El intruso debía de ser muy alto y se cubría con un abrigo que le llegaba casi a los tobillos, disimulando perfectamente sus formas. Un sombrero flexible de anchas alas le ocultaba la parte de su cara que dejaba al descubierto las amplias solapas del gabán.

—Le advertí que no intentara engañarme, profesor Craig—dijo el recién llegado con voz incisiva—. Le ordené que suspendiera los experimentos de las armas ultrasónicas y me ha desobedecido. ¿Por qué?

Un estremecimiento conmovió al joven científico. Su espina dorsal parecía estar siendo víctima de una corriente eléctrica.

—El capricho de un loco como usted, no basta para que los científicos de la Tierra se detengan en los umbrales del inmenso campo que ofrecen los ultrasonidos —respondió Craig con voz contenida—. Si no soy yo, será otro cualquiera. En este planeta hay cientos de hombres dispuestos a sacrificar su vida en aras de la ciencia. Usted no podrá matarlos a todos.

El desconocido emitió una carcajada llena de sarcasmo y respondió:

—Profesor Craig, estamos a veintisiete de junio del año dos mil seiscientos veintiséis. Han transcurrido, por lo tanto, seiscientos ochenta y un años desde que un profesor alemán llamado Otto Reader descubrió los ultrasónicos y su forma de utilización. Fue con motivo de una guerra mundial que se produjo en este planeta, cuando aún existían naciones y Estados independientes. Aquel profesor desapareció y, desde entonces, han sido varios los hombres que han estado a punto de llegar a las mismas conclusiones que Otto Reader. Pero ninguno ha llegado al final de sus experimentos. Usted tampoco llegará, Craig. Se lo avisé.

El joven científico apretó los labios con rabia, y encañonando al misterioso visitante, dijo:

—En efecto; yo no podré acabar mi invento. Mi muerte es inevitable por las radiaciones de que me ha hecho víctima, pero usted también va a morir. No podrá impedir nunca más que la ciencia avance. Le voy a matar.

El desconocido volvió a reír lúgubremente, haciendo que el joven palideciera aún más de lo que estaba.

—No sea inocente, Craig. He venido porque le vi a punto de suicidarse. Quiero darle una última oportunidad: renuncie a su invento. Escoja otra rama de la ciencia y deje en paz los ultrasonidos. A cambio, yo le perdonaré la vida y seguiré suministrándole diariamente el antídoto de esas radiaciones. Podrá vivir largos años...

—¡No!—exclamó Craig levantándose impulsivamente—. No puedo soportar más esta continua traición a mí mismo que me obliga a realizar día por día. No quiero su oportunidad ni su antídoto. Moriré, pero al mismo tiempo acabaré con usted. Un loco que representa un gran peligro para la humanidad.

La pistola emitió varios relámpagos luminosos que inundó la habitación de vivísima luz.

Pero el hombre que había ante la puerta continuó en el mismo sitio, sin que los disparos le hubiesen causado el menor daño.

Craig abrió los ojos con estupor. No comprendía cómo su enemigo no había sido pulverizado por las terribles descargas eléctricas que el arma había vomitado.

—Su pistola no puede nada contra mí, Craig. Le ruego que medite mi proposición con calma, y piense que el registrador de ideas donde ha grabado todos sus pensamientos, será destruido con usted. Nadie podrá saber el motivo de su muerte, y sus fórmulas quedarán desconocidas. Nunca podrán servir de base a otros científicos.

El joven se sintió aterrorizado por lo que estaba oyendo, pero negó con la cabeza.

Aquél fue el último gesto que pudo realizar en su vida.

La esmeralda del anillo que llevaba en el dedo corazón fulguró en tonos verdosos, y el científico se desplomó pesadamente al suelo.

El aparato que había sobre la mesa y que había, estado funcionando desde antes que llegara el desconocido, quedó reducido a una columnilla de vapor que se esparció rápidamente en la atmósfera del despacho.

La amenaza del desconocido se había cumplido fielmente. Craig acababa de morir, y sus últimas ideas, recogidas en el "Ideoman", desaparecían con él.

Tarlia, la ciudad enclavada en el centro de lo que antiguamente fue el desierto del Sáhara, y donde estaban instalados los laboratorios de experimentación terráqueos, acababa de perder uno de sus más preclaro hombres.

CAPÍTULO III

EL robot que hacía las veces de cirujano manejaba el instrumental quirúrgico con gran desembarazo, procurando que el campo operatorio quedara bien visible para los dos hombres que observaban sus manipulaciones a través de la gran pantalla televisora.

El cuerpo sobre el que operaba el médico electrónico presentaba un aspecto horrible.

Su color era de un rojo subido, y brillaba bajo el raudal de luz que despedía el proyector que había suspendido sobre la mesa de operaciones. Pero lo más extraño del cadáver era la serie de erupciones que incesantemente se levantaban en sus tejidos y que, poco a poco, se abrían en sangrantes pústulas que destilaban humores desconocidos para el profesor Collins y su ayudante.

Mientras tanto, el detector de radioactividad que había en la cabecera de la camilla oscilaba alocadamente, denunciando una concentración de energía radiactiva en el cadáver.

El profesor se fijó ahora en un pequeño aparato que había sobre la mesa donde descansaba la pantalla, y fue comprobando los resultados

de los múltiples análisis que el laboratorio electrónico, instalado dentro de la cámara, iba realizando mecánicamente.

Y lo que el aparato le reveló produjo una profunda arruga de preocupación en su despejada frente.

* * *

Cecil Lupton olvidó por un momento la misión que le había llevado a aquella casa y se dedicó a examinar a la mujer que tenía ante sí.

Era alta y esbelta, y su melena rubia enmarcaba el rostro más espiritual que el inspector de la S. C. I. S. había contemplado en su vida.

—Siéntese, señor Lupton; está usted en su casa —dijo la joven con voz musical—. ¿Desea tomar alguna cosa? ¿Una taza de café...?

—Nada; gracias, señorita Craig. Permítame que le exprese mi condolencia por la muerte de su hermano. Mi visita está relacionada con ella, y...

Los ojos azules de Elizabeth Craig fueron empañados por una profunda tristeza.

—¿Acaso la muerte de mi hermano le interesa a los servicios Combinados de Inteligencia Sideral, señor Lupton ? —preguntó.

—Así es, señorita. El examen del cadáver ha creado una serie de incógnitas que la S. C. I. S. se propone aclarar. Mi visita tiene por objeto preguntarle si observó algo extraño en su hermano durante las últimas semanas. Alguna preocupación, una modificación en sus costumbres... En fin, algo que le llamara la atención.

La joven meditó durante unos segundos y denegó:

—No, inspector. La conducta de mi hermano ha sido completamente normal hasta el momento de su muerte. Era un hombre meticuloso y se atenía a las normas que él mismo se había trazado. No le noté nada que pudiera hacerme sospechar su trágico fin.

—¿Estaba usted en casa cuando murió?

—No. Estaba en los laboratorios de investigación médica. El profesor Collins me había encargado un trabajo urgente y regresé a las once y media... Mi hermano estaba en su despacho... muerto. ¡Fue horrible!—exclamó la joven intentando contener las lágrimas que brotaban de sus ojos.

—¿Debo entender que es usted médico, señorita?

—Sí. Dirijo uno de los equipos del profesor Collins.

—En ese caso, ¿quiere mirar esto y darme su opinión?

Elizabeth cogió el rectángulo de materia plástica que le alargaba el inspector y sus ojos estudiaron con extrañeza el laberinto de rayas que aparecía fotografiado.

—Parece una huella dactilar—dijo con ligera duda.

—Esto es, doctora. Una huella dactilar de un dedo índice, Pero una huella completamente diferente a todas las que se han conocido. Si esta fotografía estuviera en dos dimensiones, usted no habría notado nada raro; pero la tercera dimensión le da profundidad y he aquí que usted ha observado lo mismo que nosotros. Que está invertida. O sea, que las crestas papilares hacen las veces de canales, y los canales las veces de crestas. ¿Qué le sugiere esto?

—¿Podría ser que sus técnicos hubieran sacado el negativo de la huella primitiva, señor Lupton?

—La huella está bien reproducida, doctora. La única posibilidad que hay es que el asesino de su hermano...

— ¡El asesino de mi...!—exclamó la joven abriendo los ojos con asombro.

—Eso he dicho, señorita; y repito que la única posibilidad está en que el asesino se quitara la piel de las manos, como si se tratara de unos guantes, les diera la vuelta e imprimiera esta huella en el picaporte de la puerta del despacho de su hermano para burlarse de nosotros.

—Lo que dice es de todo punto imposible, señor Lupton. Está demostrado científicamente que...

—Ya lo sé, señorita. Lo que le he dicho ha sido sólo un símil, para que comprenda perfectamente el misterio de esta extraña huella. Pero, desgraciadamente, esto no es todo. ¿Sabe a quién pertenece esta impresión digital?

—No tengo ni idea, señor Lupton.

—Hace varios siglos, cuando de la Tierra desaparecieron las naciones independientes para formar un bloque, mi organización se ocupó de recopilar todos los ficheros que habían existido. Ahora hemos consultado estos enormes archivos, y el positivo de esta huella pertenece al profesor Reader. Otto Reader. Un alemán que vivió hace varios siglos y que ardió con sus tres ayudantes en la noche del uno de mayo de mil novecientos cuarenta y cinco.

La muchacha miró al inspector con los ojos dilatados por el asombro, y preguntó:

—¿Pretende hacerme creer que mi hermano ha sido asesinado por un hombre que murió hace setecientos años, señor Lupton? ¿Está

usted en su sano juicio?

—La forma de morir de su hermano es, por sí sola, tan misteriosa como lo que acabo de contarle, señorita. Figúrese que su jefe, el profesor Collins, asegura en su informe que su hermano ha muerto víctima de un agente desconocido por nuestra medicina. Sin embargo, la albúmina de su organismo estaba coagulada al igual que su sangre. Esto se produce fácilmente por medio de una temperatura superior a los sesenta grados. Pero su hermano no presenta síntomas de haber soportado una temperatura tan rigurosa, pese a que el color de su piel ha adquirido un rojo escarlata. Por último, tenemos las pústulas que se producen en su piel y que segregan humores desconocidos por nuestros científicos. Esto, unido a que las células de los tejidos que forman su piel siguen viviendo cinco días después de su muerte, y la gran cantidad de radiactividad que se desprende del cadáver, constituye el mayor misterio con que se ha enfrentado la S. C. I. S. en sus dos siglos de existencia.

Los ojos azules de Elizabeth estudiaron la alta y atlética figura del inspector, su porte distinguido y la energía que se desprendía de sus facciones correctas. De una forma particular, se fijó en la hendidura que partía su mentón en dos mitades, y en los ojos castaños, casi dorados, que, armonizando con el cabello rubio, chispeaban llenos de inquebrantable decisión.

—Tengo entendido que su hermano dirigía una investigación sobre la posibilidad de limitar la acción térmica de los ultrasonidos.

—Así es, inspector—afirmó la joven abandonando el examen de su interlocutor.

—¿Trabajaba en compañía de alguien?

—Sí. Tenía dos ayudantes.

—Bien; tendré que ir a verlos. Quizás puedan facilitarme algún informe que me oriente.

—Si me espera unos minutos, le acompañaré—dijo Elizabeth con resolución—. Sus palabras me han convencido de que en la muerte de mi hermano hay algún misterio, y deseo ayudarle en su labor.

Y pocos minutos más tarde, los dos jóvenes se encaminaban hacia los grandes laboratorios de física que había instalados en la “Ciudad de los Sabios”, como vulgarmente se denominaba a Tarlia por todos los habitantes de la Tierra.

El metro neumático los dejó en la planta del laboratorio F. Z. 5, donde el profesor Craig había trabajado.

Jean Thibault, uno de los dos ayudantes que tuvo el hermano de Elizabeth, salió a su encuentro, avisado por el portero electrónico que había situado en la puerta del pabellón.

El joven, pues tendría unos treinta años, se acercó sonriendo a la muchacha y, mientras estrechaba su mano, lanzó una mirada de soslayo al inspector.

—Le presento al señor Cecil Lupton, inspector de la S. C. I. S. Señor Lupton, le presento a Jean Thibault, segundo ayudante de mi fallecido hermano.

Los dos hombres se observaron con curiosidad y se estrecharon la mano.

—Mi visita es oficial, señor Thibault—dijo Lupton—. Desearía ver el laboratorio donde trabajaba el señor Craig y que me facilitara alguna información sobre los experimentos que han llevado a cabo en los últimos meses.

El científico meditó unos segundos en las palabras del policía y, con evidente desgana, accedió:

—Bien; acompáñeme.

Un largo pasillo los condujo a la gran sala que oficiaba de laboratorio. Había muchos aparatos diseminados por todas partes y casi toda la maquinaria estaba en movimiento.

—¿Prosiguen ustedes los experimentos, señor Thibault?

—Sí. La señorita Giulieta Cifariello ha decidido proseguir los trabajos del profesor.

La nombrada apareció de detrás de un montón de cachivaches y se acercó a los visitantes, desprendiéndose de los guantes de caucho que enfundaban sus manos.

Era una morenita de ojos negros y vivarachos, que saludó a los dos visitantes con gran cordialidad.

—¿Conocía usted el punto exacto en que estaban los trabajos del profesor Craig cuando murió, señorita Cifariello?

—No, señor. Hasta hace un mes, aproximadamente, Herber y yo desarrollábamos una fórmula conjuntamente; pero, desde entonces, cambió su carácter v se hizo extremadamente reservado. Achaqué su actitud a algún problema íntimo y no le concedí gran importancia.

—¿Y esa fórmula?

—Estaba registrada en el “Ideoman”. Hace pocos días, se lo llevó a su casa.

—¿Sabe usted algo de ese aparato, señorita Craig?

—Lo vi varias veces en su despacho, durante los últimos días, pero cuando encontré muerto a mi hermano, el aparato no estaba allí.

—¿Era muy importante lo que tenían registrado, señorita Cifariello?

—Sí. Estábamos a punto de ultimar nuestro trabajo. Posiblemente el profesor Craig lo descubrió en los últimos días y por eso se llevó el “Ideoman” a su casa.

—También entra dentro de lo posible que no llegara a concluir la fórmula—expresó Thibault—. De haberlo hecho, nos lo hubiese dicho a nosotros.

—Es posible—concedió Lupton—. Pero la desaparición de ese aparato viene a añadir un nuevo misterio a la muerte de su jefe. En fin, de momento no necesito más. Les ruego que si recordaran algún detalle que pudiera serme útil en la investigación que estoy nevando a cabo, me lo comuniquen en seguida. Tengan; en esta tarjeta está mi dirección.

—Pero ¿es qué hay algo extraño en la muerte del señor Craig?—inquirió Giulieta dilatando sus ojos negros con asombro.

—No. Es simple cuestión de trámite—respondió el inspector, eludiendo las explicaciones.

CAPITULO IV

L[image]

ON Wailor, superintendente de la S. C. I. S., había ordenado a la policía que cerrara la ciudad y se practicara un riguroso control de sus dos millones y medio de habitantes.

Sus órdenes se habían llevado a cabo escrupulosamente, y los agentes pululaban por las amplias avenidas sin concederse un minuto de descanso.

La ingente máquina policíaca se había puesto en acción y su objetivo era dar con el misterioso ser que tenía la huella de su índice invertida.

Cecil Lupton, sentado en su despacho, iba recibiendo los informes que constantemente le llegaban de todos los sectores de Tarlia. Las pantallas televisoras se encendían y se apagaban sin cesar, reflejando a los agentes que transmitían sus mensajes.

Una expresión de cansancio se reflejaba en el rostro del inspector de la S. C. I. S. El reloj que había sobre su mesa de despacho marcaba las cuatro de la madrugada y aún no se había concedido un momento de reposo.

Conteniendo un bostezo de aburrimiento, se retrepó en el sillón y encendió un cigarrillo.

Su imaginación le llevó nuevamente al escabroso problema que la muerte del profesor Craig le había creado.

En la conversación que aquel mismo día había tenido con su jefe, el superintendente Wailor había coincidido en que el móvil del crimen había consistido en apoderarse de la fórmula que el científico estaba ultimando. Hasta aquí, todo estaba claro. El “Ideoman” no había aparecido por ninguna parte, pese a la tenaz búsqueda de que había sido objeto, y los resultados de los largos experimentos llevados a cabo en el transcurso de dos años, se había perdido. Pero lo malo, lo incomprensible, empezaba en el momento de morir Craig, y en la impresión que había dejado el asesino, como si fuera una tarjeta de

visita destinada a confundir a todo el mundo.

Lupton había llegado hasta aquí en sus reflexiones y estiró las piernas por debajo de la mesa. Se sentía cansado y, por unos segundos, abrigó la intención de conectar su sustituto electrónico y marcharse a dormir; pero sus propósitos fueron relegados al más completo olvido cuando una de las pantallas se iluminó y apareció en ella el rostro alterado de uno de los agentes.

—Informa el agente 4,4,2,1 de servicio en la parte norte de la ciudad, señor. Acabo de observar una pequeña interferencia en mi detector, y la persona que la ha producido, no se ha identificado. Pero lo extraño es que la pantalla no ha podido captar la imagen de nadie.

El cansancio y el aburrimiento que sentía Lupton desaparecieron como por encanto. Se incorporó bruscamente y, mientras se ponía la americana, contestó:

—Siga observando todo lo que ocurra en su demarcación, agente. Dentro de unos minutos estaré con usted.

Con rapidez meteórica se precipitó en la cámara del metro neumático y, sentándose en una de las cabinas individuales, movió algunos mandos, haciendo que sobre el plano de la ciudad que había en un pequeño dispositivo, se marcara la calle donde estaba el agente que le dio el informe.

La pequeña cápsula arrancó a una velocidad fantástica, empujada por el aire comprimido que le hacía deslizarse en el interior del tubo dorado que servía de vía.

Cuatro minutos más tarde, se encontraba sentado junto al agente en el interior del vehículo de control.

—Fue una cosa fugaz— dijo el agente señalando un aparato en el que parpadeaban algunas luces—. La luz roja me indicó que alguien no se había identificado, y el dispositivo de los ultravioletas siguió a una persona que pasaba junto al coche. Sin embargo, la pantalla no pudo captar la imagen. También observé que las señales eran muy débiles y centellaban de una forma rara...

—¿En qué dirección fue “eso” que le causó la alarma?-—le interrumpió Lupton.

—Bajó por esta avenida, como si se dirigiera a los laboratorios de física, señor.

Lupton no esperó a oír más. De un salto se precipitó fuera del coche y, subiéndose en la acera deslizante, eligió la banda del lado izquierdo que marchaba a gran velocidad.

La amplia y recta avenida se fue deslizando ante sus pesquisidoras miradas. Pronto llegó al final de la calle, sin que pudiera descubrir

nada.

Una sensación de rabia se había apoderado del inspector del S. C. I. S. Desde el primer momento comprendió que lo que el agente había descubierto era el misterioso asesino que estaban buscando. Los aparatos de identificación instalados en el vehículo policíaco no podían engañarse.

Todos los ciudadanos de Tarlia estaban provistos de una documentación especial que quedaba sensibilizada al pasar por delante de aquellos controles, y emitían unas señales de identificación que, al ser captadas por el detector, establecía la personalidad de su dueño.

Si la persona que sensibilizó aquel detector no se había identificado, no podía tratarse de nadie más que del asesino. De aquel asesino de la huella invertida que mató al profesor Craig de la forma más extraña y misteriosa que se conociera en la historia del crimen.

Las reflexiones de Lupton le hicieron concebir una sospecha y, cambiando de acera, se dirigió al laboratorio que había ocupado Craig.

Amparándose en las plantas que había en el jardín que rodeaba el solitario pabellón, se acercó hasta una de las vidrieras y echó un vistazo al interior.

La sala estaba a oscuras y parecía desierta. El leve fulgor de las estrellas al filtrarse por los amplios ventanales, arrancaba débiles destellos de los aparatos metálicos que había diseminados en el interior.

El joven se deslizó a lo largo del muro, en dirección a la puerta procurando que sus pies no hicieran crujir la capa de gravilla que tapizaba el suelo.

Al llegar a la esquina, miró cautelosamente a su alrededor y, cuando se disponía a seguir, quedó envarado al oír un leve siseo.

Sus movimientos fueron centelleantes al extraer la pistola eléctrica que llevaba en la funda sobaquera y arrojarse al suelo. Para entonces, el cañón de su arma apuntaba en la dirección de donde había partido el ruido.

Una silueta abandonó la protección de un macizo de rosas y se acercó de puntillas.

El más vivo asombro se apoderó de Cecil Lupton cuando a la leve claridad nocturna reconoció a Elizabeth Craig en la persona que se le acercaba.

Cuando la muchacha llegó a su lado, observó el inspector que tenía los ojos extremadamente abiertos y que jadeaba levemente,

como si la dominara una gran emoción.

— ¿Qué hace usted aquí, señorita Craig?—inquirió Lupton.

La joven se llevó el índice a los labios indicándole que guardara silencio y, empinándose un poco, le dijo al oído:

—Vine a mirar en la mesa de mi hermano, por si encontraba algo sobre sus trabajos, y... Está ahí dentro. Le vi entrar hace unos segundos.

El inspector no necesitó de más aclaraciones para saber de quién se trataba.

Con un ademán le indicó a Elizabeth que se quedara allí, y él corrió hacia la puerta.

Estaba abierta y la atravesó de un salto. Y justo en el momento en que sus pies tocaban el suelo, una luz se encendió en el interior iluminando la mesa de trabajo que perteneció al profesor Craig.

Unas manos enguantadas entraron en el cono luminoso y revolvieron los papeles que había sobre el tablero.

Luego, al no encontrar lo que buscaban, se dirigieron a los cajones y revolvieron su interior.

Los labios del inspector de la S. C. I. S. se curvaron en una sonrisa y, apuntando el arma hacia el sitio donde suponía que estaba el cuerpo del intruso, apretó el conmutador que encendía las luces.

La luz le deslumbró durante una décima de segundo, y parpadeó mientras saltaba de costado para evitar que su enemigo pudiera tomarlo como blanco.

Pero el otro también debió de sufrir una desagradable sorpresa por la violenta irrupción del policía, y quedó erguido junto a la mesa con los brazos caídos a lo largo del amplio gabán que llevaba puesto.

—Ponga los brazos en alto y, de paso, quítese el sombrero. Quiero verle la cara.

Una risa sarcástica fue la contestación.

—¡Obedezca o disparo!—apremió el joven curvando el dedo sobre el disparador del arma.

—¿De verdad desea verme el rostro?—preguntó el hombre con una extraña entonación que tuvo la propiedad de inquietar a Lupton.

—Tiene un segundo para obedecer.

El encubierto personaje volvió a reír y sus carcajadas despertaron ecos macabros.

Elevó los brazos lentamente y con las puntas de los dedos se arrancó el amplio sombrero que había estado ocultando sus facciones.

Lupton sintió que sus pies aumentaban extraordinariamente de

peso y que todos sus músculos se ponían rígidos, negándose a obedecer los mandatos de su cerebro. Sintió que sus ojos se dilataban y que los cabellos se le erizaban como si se tratara de alambres de acero.

A sus espaldas sonó un alarido de terror que le hizo respingar, sacándole de su estupor.

Su cerebro empezó a funcionar nuevamente y comprendió que el grito lo había lanzado Elizabeth. Pero no se volvió. Lo que tenía delante atraía su mirada con fuerza irresistible, y el mismo horror que sentía le hizo apretar el disparador del arma una y otra vez, llenando el laboratorio de luminosos chispazos.

Una nueva carcajada de matices irónicos le hizo desistir de su inútil intento. El ser que tenía delante absorbía toda la energía que proyectaba la pistola, y su cuerpo parecía incendiarse, haciendo que sus ropas se transparentasen y dando la horrible sensación de que en su interior no había nada.

En cuanto al rostro, era la cosa más horripilante que el joven había presenciado en todos los días de su vida.

Al igual que la huella que apareció impresa en el domicilio de Craig, sus facciones estaban invertidas, y el resultado era espeluznante.

La nariz era una escotadura que partía su rostro en dos mitades y, a la altura de los pómulos, se formaban sendas depresiones que se iban elevando hasta delimitar la cavidad que formaba la frente. Clavadas en el interior de las bolas carnosas, aparecían dos pupilas cóncavas que miraban con fijeza aterradora. En cuanto a la barbilla, no era más que una depresión en forma de embudo que terminaba en unos labios acanalados. Todo esto, unido al color blanco y negro, con bruscos degradados grises, le daban un aspecto monstruoso, algo que le recordó al joven el vaciado en yeso de una estatua humana.

Un ruido sordo que se produjo tras él, le hizo volverse.

Elizabeth Craig acababa de ser víctima de un desmayo, producido por la visión de aquel ser de pesadilla.

Y una carcajada siniestra, brutal, escapó ahora de la garganta del monstruo.

Los guturales sonidos se esparcieron por el interior de la gran sala y parecieron aumentar indefinidamente, reproduciéndose y multiplicándose al ser rechazados por las paredes y objetos que había en el laboratorio.

Lupton sintió que el pavor era sustituido por una rabia inmensa y, sin meditar en las consecuencias de su acción, arrojó la pesada pistola contra el sujeto que tenía enfrente.

El arma tropezó contra su objetivo con un apagado ruido y Elizabeth, recuperada a medias de su desmayo, gritó nuevamente.

El grito sorprendió al policía cuando iba por el aire camino de su enemigo.

Su cabeza tropezó con el abrigo y él tuvo la sensación de que en su interior no había más que aire. Sus brazos hicieron presa de "aquello" y cayó al suelo debatiéndose furiosamente.

Pero sus esfuerzos resultaron inútiles.

Al segundo siguiente de haber caído, su enemigo estaba a varios metros de distancia y le miraba con aquellas espeluznantes pupilas que tenían la facultad de helarle la sangre.

—Dentro de unos días se arrepentirá de haberme atacado—dijo el monstruo con voz carente de inflexiones.

—¿Quién es usted?—preguntó Lupton sin dar demasiada importancia a las palabras del otro.

La boca en forma de embudo se dilató en algo que parecía imitar a una sonrisa y contestó:

—Mi nombre es Otto Reader.

En el cerebro de Lupton pareció producirse un terremoto de ideas. La contestación que le había dado el monstruo no le sorprendió. Desde el primer momento, había estado esperando algo por el estilo. Como si el subconsciente le hubiera avisado de que en la muerte del profesor Craig hubiera algo espantoso, fuera de los límites de la comprensión humana.

—El profesor Otto Reader hace cientos de años que murió—dijo sin convicción.

—Pues ya ve que estoy aquí—dijo el que a sí mismo se daba el nombre de Reader—. Ni yo ni mis tres ayudantes morimos en aquel incendio.

¿Y por qué ha matado al señor Craig?—volvió a preguntar Lupton a punto de volverse loco.

—Le contestaré a esta pregunta, Lupton. Los ultrasonidos son un campo vedado para la ciencia terrestre. Nadie podrá experimentar en ese campo de la física. Comuníqueselo a sus jefes y dígales que en lo sucesivo deben prohibir todos los experimentos relacionados con los ultrasonidos. Si no me obedecen, la muerte escarlata, como ustedes la denominan, continuará segando vidas.

—Pero ¿a qué se debe esa fobia a los ultrasonidos?

—Haga lo que le he dicho, Lupton. Aproveche los treinta días que le quedan de vida.

— ¡Eh! ¿Qué dice?

—Lo ha oído perfectamente y se lo avisé al principio de nuestra interesante conversación. La muerte escarlata está dentro de ustedes dos. Dentro de treinta días morirán de la misma forma que el profesor Craig. Sus destinos están unidos por el lazo inevitable de la muerte. Una muerte que no podrán impedir de ninguna manera. Muerte a treinta días vista—terminó el repugnante individuo con un brillo metálico en sus cóncavas pupilas.

Y antes de que el último eco de sus palabras se extinguiera, el sujeto que se llamaba a sí mismo profesor Reader se desvaneció ante el asombro de los dos jóvenes que acababa de sentenciar a la más horrible de las muertes.

CAPITULO V

EL profesor Laift terminó el escrupuloso reconocimiento a que había sometido a Cecil Lupton y a Elizabeth Craig y movió la cabeza con desconcierto.

Su semblante, lleno de una gravedad imponente, produjo en los dos jóvenes un agudo malestar que les demudó el semblante.

—Profesor Laift—dijo Lupton—. Usted es la primera autoridad en física; díganos lo que ha observado. No debe ocultárnoslo.

El hombre de ciencia se pasó la mano por las plateadas sienes, como si quisiera apartar de su mente algún pensamiento molesto y, tras un ligero titubeo, contestó:

—Sus organismos están invadidos por algo que nuestra ciencia desconoce por completo. Los detectores de radiactividad sufren una sensibilización notable al acercarlos a ustedes, pero la radiactividad que ustedes desprenden no es del género que conocemos. Es algo nuevo, desconocido. En fin, ¿para qué ocultarlo? De las mismas características que la observada en el cadáver de Craig.

—¿Entonces?...

—Lo siento, amigos míos. Es muy duro para mí declararme vencido de antemano y no poderles ofrecer un remedio eficaz; pero esa energía que impregna sus tejidos ha sido producida, sin duda alguna, por una gama de radiaciones cósmicas y, de ellas, sólo conocemos el nombre.

—Lo que quiere decir que moriremos dentro de veintinueve días, indefectiblemente, ¿no es eso, profesor?

Las palabras de la joven encerraban una protesta que hizo palidecer al científico.

—Señorita Craig, usted conoce la medicina perfectamente. No puedo engañarla infundiéndole falsas esperanzas; pero esto no quiere decir que todos los habitantes de esta ciudad no nos dediquemos en cuerpo y alma a la tarea de salvarles la vida. Trabajaremos día y noche y lucharemos contra el tiempo. Quién sabe si...

En los ojos de Elizabeth aparecieron dos lágrimas que se deslizaron temblorosas por las mejillas.

Lupton había palidecido también y se mordió los labios con furor.

El silencio se había hecho opresivo y las últimas palabras del científico gravitaban trágicamente sobre los dos seres que estaban condenados a una muerte irremisible.

—La señorita Craig se someterá a esos tratamientos, profesor. Yo, mientras tanto, me dedicaré incansablemente a buscar al repugnante ser que nos ha puesto en esta situación. Tengo la sospecha de que él puede librarnos de este diabólico fin que nos amenaza, y le obligaré a que lo haga.

— ¿Qué posibilidades tiene para hallar a un fantasma. Lupton? Y en caso de que volviera a hallarse frente a él, ¿cómo le obligaría a satisfacer sus deseos? Por lo que me han contado, he llegado a la conclusión de que toda la humanidad nos hallamos ante un peligro horrible. Un peligro encamado en un monstruoso ser que se llama a sí mismo profesor Reader, que, según ustedes, es molde negativo de un hombre. Ante él las armas resultan inútiles y a su vez está provisto de un poder destructivo que nos hace encontrarnos completamente indefensos. Y, por si fuera poco, tiene la facultad de desvanecerse en el aire como si se tratara de una voluta de humo revestida por un sombrero y un abrigo.

—Sí. Todo eso es cierto, profesor—exclamó el inspector con, desaliento—. Pero mi vida está destinada a extinguirse en un plazo brevísimo y pienso aprovecharla hasta el máximo en extirpar este cáncer de la humanidad. Yo he llegado a las mismas conclusiones que usted y estoy seguro de que, tras ese boicot a los ultrasonidos, se esconde una amenaza terrible para nuestro mundo. Mi deber es luchar contra esa amenaza.

Elizabeth se puso de pie imitando al policía, y sus ojos destellaron con resolución.

—Si me lo permite, yo le ayudaré en su noble empresa, inspector. Lucharé a su lado.

—Usted debe quedarse aquí, señorita Craig. Pueden surgir nuevos peligros…

La joven le interrumpió con una sonrisa llena de tristeza y replicó:

—Señor Lupton, ¿ha olvidado que nuestra muerte está decretada de antemano? Yo también tengo la obligación de colaborar en esto. Incluso tengo una razón más que usted: la muerte de mi hermano. Déjeme que le acompañe o trabajaré por mi cuenta.

—Usted debe quedarse aquí—repitió Lupton intentando convencerla—. Así no desperdiciamos ninguna posibilidad de

salvarnos. Mientras yo busco al asesino de su hermano, el profesor Laift puede estudiar en usted el desarrollo de las radiaciones que nos amenazan.

—No se esfuerce, señor Lupton. Ni el profesor Laift ni todos los científicos de Tarlia podrán librarnos de la muerte que nos espera; pero, aunque así fuera, mi presencia aquí no es imprescindible. Con los datos que le facilitó el cadáver de mi hermano tienen suficiente para iniciar sus trabajos.

El inspector comprendió que no podría convencer a la joven y accedió a lo que le pedía, pensando en que, después de lo que ya les ocurría, no podría su- cederles nada peor.

—Está bien, señorita Craig. Trabajaremos juntos. Y ojalá podamos lograr algún resultado práctico. Profesor Laift, ¿cree usted que no habrá peligro de contagio?

—Por el momento, no. La concentración de radiactividad en sus cuerpos es mínima y, al igual que en el profesor Craig, no tiene tendencia a traspasarse a otros organismos. Es más, estoy seguro de que el cuerpo humano no absorbe estas radiaciones si no se ha creado de antemano un estado crítico que origine en los tejidos una especie de sed de esta gama de rayos. No—afirmó Laift convencido—; no hay peligro de que puedan contaminar a nadie. Pero, de todas formas, sería muy conveniente que pasaran por aquí de vez en cuando para comprobar el curso del grave proceso que se va a desarrollar en su interior. Más que nada, por el bien de ustedes.

* * *

Habían transcurrido diez días desde la noche trágica en que Elizabeth Craig y Cecil Lupton fueron sentenciados a muerte por el misterioso profesor Reader.

En el transcurso de ellos, Lupton, acompañado constantemente por la joven doctora, había realizado innumerables pesquisas encaminadas a encontrar al fantasma gris, como denominaban entre ellos al monstruo.

Pero sus esfuerzos y los de todas las fuerzas que había en la ciudad resultaron inútiles.

Lom Wailor había comunicado lo ocurrido al presidente de la Confederación Terráquea, y éste había enviado un verdadero ejército de policías especialmente adiestrados en los crímenes misteriosos.

Asimismo puso a disposición del S. C. I. S. todos los recursos de la Federación, al objeto de salvar a los dos seres que estaban condenados a muerte.

Pero hasta el momento, todo había resultado estéril. El siniestro fantasma no había vuelto a dar señales de vida y los dos jóvenes se pasaban el tiempo en la inmensa sala de control que había instalada en los sótanos del cuartel general de los Servicios Combinados de Inteligencia Sideral.

—Lo que más me apena—dijo Elizabeth—es que estemos consumiendo el plazo sin hallar ninguna solución. Al principio, me hice la ilusión de que nuestra muerte serviría para evitar nuevos males a la humanidad, pero ahora, cuando sólo nos restan veinte días de vida, el desaliento se apodera de mí. La muerte de mi hermano quedará impune. La vida de millones de seres dependerá del capricho de ese monstruo, y nosotros estamos destinados a ser sus primeras víctimas.

Las palabras de la joven, dichas con patetismo conmovedor, hicieron estremecer a Lupton. Aquellos diez fatídicos días, en que vivieron constantemente unidos por su infortunio, los habían acercado espiritualmente, y el amor prendió en sus corazones, añadiendo un nuevo tormento a sus desdichas.

Ninguno se había atrevido a confesar sus sentimientos. Cecil estuvo varias veces a punto de hacerlo, pero en el último momento, cuando sus labios estaban a punto de emitir la declaración, callaba pensando que exteriorizar su amor en aquellas circunstancias parecería una burla cruel a sus propios destinos.

Un suspiro, ahogado a medias, escapó de su pecho mientras se miraba la mano que tenía sobre la mesa.

Aquel miembro, que diez días antes tenía un tono moreno y saludable, se había tomado a la sazón pálido, y sus músculos se habían ido debilitando, restándole fuerza. Y aquella misma tarde había empezado a producirse una descamación en toda su piel, que originaba una caída constante de células muertas.

—No te desanimes, Elizabeth—dijo, poniendo una mano sobre el hombro femenino—. Aún nos quedan veinte días por delante y pudiera ser que durante ellos descubriéramos la clave de todo este misterio.

—¡Bah! No debes esforzarte en darme ánimos, Cecil. Los dos sabemos perfectamente cuál es el final que nos espera. Un final que se me hace más odioso por llegar en el momento en que... ¡Podíamos ser tan felices!—exclamó la joven con un sollozo arrojándose en los brazos del inspector.

La confesión que durante diez odiosos días habían estado callando, surgía al fin.

Lupton acarició los suaves cabellos de su amada y, levantándole la

barbilla con ternura, la besó en los labios, dando rienda suelta al amor que había brotado en las circunstancias más dolorosas de su vida.

Y como si el exteriorizar sus sentimientos les hubiese inyectado nuevos bríos, se miraron con una nueva esperanza. Una esperanza que nacía de lo más profundo de sus corazones.

—Elizabeth—dijo el inspector—. Hace un rato que estoy pensando en algunas particularidades de nuestro enemigo. ¿Te acuerdas cómo desapareció en el laboratorio? Cuando me precipité sobre él tuve la sensación de que abrazaba un puñado de aire. Luego, cuando yo caía al suelo creyendo que lo arrastraba conmigo, apareció a dos metros de mí. Todo esto me hace sospechar que se trata de una cosa inmaterial, algo incorpóreo, impalpable...

—Una cosa que ni los disparos de tu pistola pudieron destruir— completó la muchacha.

—Sí, eso es, y además, aunque su aspecto es parecido al del hombre, produce la impresión de que lo han vuelto del revés... Esto es para volverse loco.

—¿Y cómo te explicas que una persona pueda vivir setecientos años, Cecil? Es inadmisible; pero algo en mi interior me dice que no nos engañó y que verdaderamente se trata del profesor Reader bajo una forma distinta. Esta suposición mía la confirma la huella que tú me enseñaste.

—Todas estas incógnitas deben de tener una explicación y nosotros la descubriremos.

Y como si los hechos quisieran confirmar sus palabras, encendióse una pantalla y uno de los patrulleros dio la información que habían estado esperando.

Al igual que la vez anterior, el agente señalaba la presencia de alguien no identificado.

—Procure seguirle la pista, agente —recomendó Lupton—. Antes de diez minutos estaré ahí. ¡Ah! Y no se acerque demasiado. Es muy peligroso.

La alarma se había producido en la parte norte de la ciudad, en un sector que estaba ocupado por grandes quintas de recreo y casas residenciales.

Lupton y la muchacha se trasladaron allí en pocos minutos, utilizando uno de los rápidos vehículos policiales, y buscaron afanosamente al patrullero que les había avisado.

Lo localizaron detenido a un centenar de metros de un edificio que se levantaba completamente aislado y oculto entre una densa vegetación.

E! sargento de la policía que pilotaba el vehículo se acercó al inspector y le dijo en voz baja:

—Le he seguido hasta aquí, señor. Lo que sea ha entrado en esa casa y permanece dentro.

—De acuerdo,, sargento. Exploraremos el terreno antes de entrar. Espero que- este detector nos descubra al fantasma gris, si es que he acertado en mis suposiciones.

La pantalla del detector se iluminó con un tono verdoso, y en su superficie aparecieron varias escalas graduadas.

Una multitud de pequeñas sombras empezaron a moverse en todas direcciones, aproximándose raudamente al pequeño círculo que había dibujado en e centro del cristal.

—Estas son todas las ondas y radiaciones que se producen en un radio de diez kilómetros—explicó el joven—. Ahora las identificaremos por medio de este catalizador.

Y ante la expectante mirada de Elizabeth y del sargento, que había subido al automóvil, movió unos mandos. Un pequeño dispositivo que estaba junto al detector, le puso en funcionamiento.

Las pequeñas sombras que danzaban en la pantalla comenzaron a desaparecer con gran rapidez.

—¿Ves, Elizabeth? Todas esas sombras que se van perdiendo son las que el catalizador identifica y, una vez conocidas, las excluye de nuestra observación.

Transcurrieron varios segundos expectantes, mientras los aparatos realizaban su trabajo.

Al final se fijó con insistencia una pequeña mancha a varios centímetros del círculo que había en el centro de la pantalla.

Varias luces de colores parpadearon en cortas intermitencias en el catalizador.

Lupton movió varios mandos que hicieron funcionar las escalas, y su cara se tensó en un gesto de ansiedad. El punto de donde partían las extrañas radiaciones que había denunciado el catalizador, apareció marcado con toda exactitud.

Cualquiera que fuese la clase de energía que sensibilizaba al aparato, provenía de la casa que tenían delante.

—Si no me equivoco, acabamos de descubrir el domicilio de nuestro fantasma gris—expresó el inspector del S. C. I. S. Le haremos una visita y quién sabe...—concluyó besando a la joven.

Una ligera tosecilla le hizo girar la cabeza y encararse con el sargento.

—¿Decía usted, sargento?

El digno suboficial enrojeció violentamente y, dominando su confusión, contestó:

—Decía, señor, que esa finca es propiedad de Jean Thibault, y...

— ¿Cómo ha dicho?—preguntó Elizabeth sorprendida.

—Digo que esa casa es del ayudante de su fallecido hermano, señorita.

—Una circunstancia que no me sorprende—expresó Lupton—. Las cosas empiezan a tomar consistencia.

—Pero no estarás pensando que Thibault tiene algo que ver con ese horrible ser—expresó la joven con reproche.

—Pues, aunque te parezca extraño, así es, pequeña. Desde el primer momento observé algo raro en ese hombre, y...

—Pero, Cecil—le interrumpió la doctora—. ¿Y si la visita del fantasma tiene por objeto el matarlo, como hizo con mi hermano?

—No lo creo; pero lo comprobaremos inmediatamente. Sargento, usted se quedará en el coche y, si tardamos más de veinte minutos en regresar u oye algo raro, avise al superintendente del S. C. I. S. y dele la dirección de esta casa. ¡Vamos, Elizabeth!

Caminaron por el borde de un senderillo de arena, a fin de que sus pisadas no produjeran ruido. Sus pies se hundían en la espesa y húmeda hierba, produciendo un levísimo rumor.

En la planta baja del edificio había una ventana iluminada, y Lupton se encaminó hacia ella.

Elizabeth le siguió en silencio.

Los dos jóvenes se situaron junto a la ventana, y el policía echó una mirada al interior.

A través de un resquicio que dejaban las cortinas de terciopelo rojo, vislumbró una porción de la estancia. y a Thibault sentado ante una mesa y con una copa de licor en la mano.

El hombre parecía hallarse entregado por completo a la agradable tarea de beber y fumar.

Cecil miró a su novia con una mirada de triunfo.

Elizabeth bajó sus pupilas sin rechistar. Comprendió que el inspector había acertado en sus suposiciones cuando aseguró que el fantasma gris había entrado en aquella casa con el consentimiento de su dueño.

Procurando no hacer ruido, se encaramó sobre el alféizar y entró en la pieza. Amparándose en la protección que le daban las cortinas, ayudó a la joven a subir, y extrajo la pistola.

El científico seguía en su actitud indolente y no daba muestras de

haber advertido nada extraño.

—¡Suelte esa copa y estese quieto, Thibault!—ordenó el inspector avanzando unos pasos.

El sobresalto del científico fue evidente.

La sorpresa le hizo soltar la copa que se llevaba a los labios y se giró en la dirección que había sonado la voz. Su cara estaba profundamente pálida, y le temblaron las manos imperceptiblemente.

— ¡Caramba, señor Lupton!—exclamó haciendo una mueca que pretendía ser una sonrisa—. Me ha asustado. ¡Ah!...

Y al decirlo sus ojos se dilataron con asombro al ver aparecer entre las cortinas a Elizabeth.

Las pupilas azules de la muchacha le miraron con desprecio y, sin decir nada, avanzó hasta situarse junto al policía.

—Déjese de fingimientos. Thibault—cortó con sequedad el inspector del S. C. I. S.—. En esta ocasión no le va a servir el disimulo. Sé perfectamente el juego que se trae entre manos y lo que se oculta en esta casa.

Las acusaciones de Lupton fueron dichas un tanto al azar, pero los impactos hicieron diana, a juzgar por el sobresalto de Jean.

—No... no le comprendo, señor—articuló trabajosamente mientras desparramaba una ansiosa mirada a su alrededor.

—¿Dónde está?—preguntó el policía siguiendo su papel de saberlo todo.

—¿Dónde está?... ¿Quién?—fingió asombrarse Thibault.

—El asesino del profesor Craig. Conteste rápido o le salto los sesos de un culatazo.

Thibault se encogió medrosamente en el sillón y sus ojos se dilataron por un profundo terror.

Lupton no le dio tiempo a rehacerse. Con la mano izquierda lo levantó a pulso y colocó el cañón de la pistola en su sien.

—Le doy dos segundos para contestar. De lo contrario...

Y en aquel preciso momento, el inspector comprendió parte del misterio que rodeaba la muerte del hermano de Elizabeth.

Thibault había levantado su mano izquierda y miró desesperadamente la gran sortija que llevaba en el dedo corazón, como si en ella hubiese un peligro mortal.

El inspector recordó la marca que había en el mismo dedo del cadáver de Craig y la cantidad de hipótesis que se habían formulado sobre ella.

Y el sexto sentido que le había salvado innumerables veces, le

salvó ahora.

Al ver la gran esmeralda, soltó al acobardado científico y se retiró unos pasos. No le dio tiempo a más.

La piedra verde se inflamó en una llamarada, y Thibault se desplomó como herido por un rayo. Su cuerpo presentaba el mismo color escarlata que el cadáver de Craig y en su piel empezaban a formarse !as misteriosas pústulas que segregaban los viscosos humores.

Los dos jóvenes contemplaron fascinados el terrible espectáculo de aquel cuerpo que parecía dilatarse constantemente y que de vez en cuando reventaba por alguno de sus puntos, produciendo grandes desgarrones en los tejidos.

La "Muerte Escarlata" había cobrado una nueva presa, y los dos muchachos se estremecieron al pensar que aquella era la clase de muerte que les estaba reservada a ellos mismos cuando finalizaran los veinte días que les había predicho el siniestro profesor Reader.

Lupton se rehízo con un esfuerzo y apartó a la doctora del espeluznante cuadro.

— ¡Es horrible, Cecil!—exclamó Elizabeth abrazándose al inspector.

—Márchate con el sargento, pequeña. Yo registraré esta casa, a ver si doy...

Elizabeth se estrechó más contra su novio y denegó con la cabeza.

—No, querido. Yo iré contigo a donde sea y correré tu misma suerte. No me separes de ti—suplicó con vehemencia.

Lupton la abrazó emocionado y admitió:

—Está bien, Elizabeth. Ninguna amenaza que pueda presentarse será más peligrosa que la "Muerte Escarlata" que llevamos dentro de nosotros. Sigamos adelante.

Con infinitas precauciones, fueron registrando las habitaciones de la planta baja y, cuando las hubieron recorrido todas, pasaron al piso superior.

Pero sus pesquisas no dieron el menor resultado.

Del profesor Reader no había ni rastro. La casa estaba solitaria y un profundo silencio reinaba en todas las dependencias. Sin embargo, en el ambiente flotaba algo misterioso, algo que parecía acecharlos continuamente y que los mantenía tensos y con los nervios de punta.

Estaban cruzando el zaguán para salir al exterior, cuando Lupton se detuvo.

Elizabeth, aunque sorprendida por la brusca parada de su novio, le imitó y dijo:

—¿Qué ocurre, Cecil?

—El garaje. No lo hemos registrado debidamente. ¡Vamos!

Retrocedieron por el corredor, y atravesaron la cocina, abrieron la puerta que daba acceso a una especie de cobertizo anexo a la casa.

La pieza era de amplias proporciones, y en su interior había varios vehículos.

Durante unos minutos, vagaron por la habitación sin descubrir nada sospechoso, y se encaminaron hacia la puerta.

Un pequeño tablero con varios conmutadores despertó la curiosidad del inspector, y los apretó sucesivamente.

Respondiendo a su acción, se elevó una especie de trampilla de acero que había en el piso y apareció un hueco de varios metros cuadrados.

Los dos muchachos se miraron con una expresión de triunfo y corrieron hacia la cavidad.

Unas escaleras descendían hacia un lugar desconocido.

Despacio, fueron bajando los escalones que habían sido excavados en roca viva.

—Esto parece muy antiguo—expresó la muchacha mirando a todos sitios.

—Y lo es—aseguró el inspector, que había llegado a una especie de rellano iluminado profusamente—. Mira.

De la parte frontal de la rotonda arrancaba un pasadizo sobre el que había una inscripción.

—Parece alemán antiguo. Bunker de Tarkiss, año 1942—deletreó Elizabeth, que había estudiado varios cursos de alemán en la universidad —. ¿Qué es eso de bunker, Cecil?

—¡Diablos! Debe de ser una de las defensas que instalaron los alemanes en la antigüedad, cuando la segunda guerra mundial. Esto se está poniendo muy interesante. Un profesor alemán que sobrevive a los siglos. Y una de las construcciones de sus ejércitos en África. Sigamos adelante. Creo que estamos llegando al principio del fin.

El pasadizo era de amplias proporciones y estaba construido con grandes bloques de hormigón.

Treinta metros más allá, llegaron a otra gran rotonda con el techo en forma de cúpula. Unas galerías de diez metros de altura por ocho de ancho, se irradiaban en todas direcciones, formando un laberinto de líneas quebradas.

—¡Ajá!—-exclamó Lupton—. Estos pasillos debieron de construirse para almacenar armas y municiones. Su falta de continuidad en las

rectas estaba destinada a impedir que cualquier explosión que se produjera por accidente, hiciera estañar el polvorín.

—Y por uno de estos pasadizos debe de andar el profesor Reader —dijo Elizabeth con un estremecimiento.

Atravesaron la sala circular y se internaron por el primer pasillo de la derecha.

Hasta ahora, todo lo que habían recorrido estaba desierto, y las paredes grises estaban completamente desnudas, sin ningún vestigio que acusara su habitabilidad.

La luz, blanca, brillante, partía de algún ignorado lugar, como si fuera una espesa lluvia de fotones que brotaran de cada partícula de cemento.

De pronto, al volver una de las innumerables esquinas que formaban las secciones rectilíneas, la luz cambió de color, bañando el largo pasadizo con reflejos rojizos.

Cecil y Elizabeth se detuvieron un momento y se apretaron entre sí, dominados por una extraña inquietud.

Siguieron avanzando despacio. Sus rostros parecían arder al reflejar la luz roja que iluminaba la galería. Y el rojo resplandor, unido al rictus de ansiedad que tensaba sus semblantes, les daba una expresión trágica que les impresionó mutuamente.

Con las manos entrelazadas, traspasaron otro recodo y volvieron a detenerse sorprendidos.

A ambos lados del amplio pasillo se alineaban unos extraños cubículos de plástico, en cuyo interior destellaban unas pequeñas bolas con reflejos verdosos.

El silencio era tan espeso que sus nervios lo acusaban con una sensación casi dolorosa.

Y mientras tanto, los destellos verdes seguían refulgiendo en la atmósfera roja, partiendo de sus núcleos en ondas concéntricas que se extendían sin cesar, poniendo extraños reflejos en la materia plástica de los cubículos y prolongándose hasta confundirse unas bandas con otras.

Lupton cogió una mano de Elizabeth y avanzó unos pasos en dirección al primer receptáculo.

Su pecho jadeaba con fuerza y sus facciones fosforecían misteriosamente, dando la sensación de que su cabeza se había desprendido del cuerpo y avanzaba sola, flotando por el aire.

Faltando pocos pasos para llegar a su objetivo, se volvió un momento, intentando alentar a la joven. En el mismo instante, Elizabeth se envaró y articuló un grito, mientras que sus ojos se

dilataban hasta parecer que se iban á escapar de sus órbitas.

Lupton sintió que sus nervios se tensaban desmesuradamente y estrechó a la muchacha contra su pecho, intentando hacerla callar.

Pero sus esfuerzos fueron inútiles. La doctora estaba bajo los efectos del histerismo, y su grito, lejos de disminuir, aumentaba sin cesar.

El muchacho la zarandeó con rudeza y, viendo que no conseguía calmarla, la abofeteó varias veces.

Elizabeth reaccionó inmediatamente y se abrazó al joven sollozando y temblando de miedo.

— ¡Vamos, pequeña! ¿Qué es lo que te pasa? —preguntó Lupton sin saber el motivo de aquella extraña reacción.

—Es... es...

La mano temblorosa de la joven señaló hacia los núcleos verdosos y escondió la cara en el pecho del policía, como si quisiera apartar de sus ojos el objeto de su terror.

—Pero, ¿qué es lo que te produce ese miedo, Elizabeth?

—Vámonos, Cecil. Vámonos en seguida. Esto es horrible. Son... son cerebros humanos... Cerebros que...

Ahora le tocó el turno de sorprenderse al inspector. Sin esperar a que la joven terminara su explicación, se dirigió al primero de los fulgurantes objetos y lo miró en silencio.

Un escalofrío de terror recorrió su espina dorsal.

La muchacha había dicho la pura verdad. Lo que tenían delante era un cerebro humano. Un cerebro envuelto por la materia plástica y que estaba sumergido en un líquido verdoso, que era el que producía los misteriosos destellos.

Alrededor de la cápsula que contenía el órgano humano, había un sinnúmero de diminutas placas de metal blanco, de las que partían finísimos hilos que en un recorrido más o menos largo, iban a perderse en la base opaca del bloque de plástico.

Lupton sintió que alguien le cogía de un brazo y respingó sobresaltado.

—Vámonos de aquí. Salgamos inmediatamente— dijo Elizabeth temblando de miedo—. Esos cerebros están vivos. ¿No sientes su influjo?

El horror de lo que estaba viendo parecía haber atornillado al suelo los pies del policía, impidiéndole moverse.

Y como si aquel horroroso pasadizo estuviera bajo la influencia de un poder infernal que quisiera enloquecerlo, sintió que su mente era

invadida por un caos de tenebrosas sensaciones.

Era como si se hallara en un lugar rodeado de personas vivas y sus conversaciones crearan leves murmullos.

Pero allí no había nadie, y el silencio era sepulcral. Sin embargo, el aire estaba surcado por algo que parecían voces misteriosas que les inculcasen ideas fantásticas.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, avanzó por el pasillo, internándose entre las dos filas de cerebros que parecían gritarle desaforadamente por irrumpir en su retiro.

Elisabeth le siguió empavorecida.

A medida que avanzaban internándose entre los cerebros, sus propias ideas se iban debilitando, dispersándose, como si los suyos se negasen a dar cabida a sus propios pensamientos.

Pero los jóvenes seguían avanzando en una u otra dirección, según se sentían atraídos o repelidos por una u otra de las innumerables masas encefálicas que habían a su alrededor.

Tambaleándose como dos beodos, dejaron atrás el pasillo de los cerebros y desembocaron en otra rotonda, de las que irradiaban nuevas galerías.

La luz volvió a adquirir su primitivo tono blanco, y los dos muchachos volvieron a sentirse dueños de sí mismos. Pero los horrores que acababan de sufrir habían quedado grabados en sus expresiones.

— ¡Oh, Cecil! Me siento al borde de la locura. Lo que hemos presenciado es la cosa más terrible que pude imaginar en todos los días de nuestra vida. Si nuestra salida ha de ser por este sitio, creo que me quedaré aquí para siempre. No sería capaz de volver a...

El joven le acarició los cabellos y la besó intentando tranquilizarla.

—Cálmate, pequeña. Lo peor ha pasado ya y, a nuestro regreso, buscaremos otro camino. Veamos ahora para qué sirven todas estas máquinas que hay aquí.

El inspector se refería a la multitud de máquinas que estaban diseminadas junto a las paredes de la rotonda.

Se acercaron a la mayor de ellas y la examinaron con curiosidad.

Una gran coraza de acero negro ocultaba los mecanismos, y sus grandes proporciones le daban una apariencia monstruosa. En su interior se producían ininterrumpidos chasquidos y, respondiendo a ellos, varios centenares de recuadros se iluminaban o apagaban constantemente.

—Esto parece un registro; pero...

Cecil se interrumpió La muchacha acababa de pulsar uno de los

conmutadores que habían en un costado del aparato e inmediatamente se iluminó un recuadro y apareció el número 105.

Una voz de extrañas resonancias y carente de inflexiones brotó de algún altavoz y recitó:

—He obtenido un éxito completo con la aplicación de los rayos “Braser”. Los ejércitos de Europa han sido neutralizados y secundarán la invasión cuando ésta se produzca.

Cecil Lupton miró a Elizabeth con sobresalto. Lo que acababan de oír era tan insólito que les hizo olvidarse de su miedo. Desearon saber a qué se refería la extraña voz al hablar de los ejércitos y qué clase de invasión era aquella que se preparaba en Europa.

El inspector apretó otra palanca y, después de iluminarse otro recuadro, se oyó un mensaje análogo, refiriéndose esta vez al continente americano.

—Pero, ¿quién se dispone a invadir nuestros continentes?— preguntó el policía al aparato.

No obtuvo respuesta. Quienquiera que emitiese los informes no le oía o no le hacía caso.

Elizabeth siguió oprimiendo conmutadores, y los mensajes se sucedieron con gran rapidez.

Al parecer, todos los puntos de la Tierra estaban amenazados por la invasión de un enemigo desconocido que se disponía a apoderarse del planeta.

—Pero, ¿quién diablos habla?—preguntó Lupton golpeando con el puño el frío acero de la máquina.

Y mientras hacía la pregunta, dos puntos de fuego asomaron por la galería que tenían situada a las espaldas y relucieron con ígneos fulgores.

—¿Comprendes tú algo de todo este lío?

Elizabeth se estremeció violentamente, como si la pregunta de su novio le hiciera ver una terrible realidad y, moviendo la cabeza afirmativamente, contestó:

—Creo que sí, Cecil. Son los cerebros los que hablan. Mira. Estos hilos son de la misma naturaleza que los que hay instalados en las cápsulas que los contienen.

— ¡Bah! ¿Cómo se te ha ocurrido pensar que un cerebro puede hablar y pensar? ¿Te encuentras bien? —preguntó el inspector temiendo que la muchacha hubiera enloquecido por la vorágine de sensaciones que le había sobrevenido desde el momento en que entraron en el bunker alemán.

—Sí. Creo que sí—respondió la doctora pasándose una mano

temblorosa por la frente—. Pero no voy a tardar en volverme loca. Lo que estamos presenciando es la pesadilla más horrible que ningún ser humano pudo soñar jamás.

Y mientras hablaba, dirigió una de sus manos hacia el recuadro que había iluminado y oprimió un pequeño resorte que había en su parte inferior.

—Habla ahora.

Lupton no supo si las palabras habían ido destinadas a él o a un invisible interlocutor.

Del pequeño recuadro luminoso desapareció el número y, en su lugar, apareció una imagen que se asemejaba a la del fantasma gris que habían estado buscando.

Sin embargo, no tardaron en comprender que aquel era otro ser, aunque se parecía extraordinariamente al que los había condenado a muerte.

El hombre invertido los miró a través del pequeño recuadro de cristal y sus pupilas cóncavas parecieron sorprenderse por la presencia de los dos jóvenes. Luego, su mirada se fijó en algo que había tras de ellos y dijo:

—El sitio más adecuado para los ejércitos invasores son los polos terrestres. Desde allí, las fuerzas pueden extenderse sobre toda la faz del planeta hasta encontrarse en el ecuador.

—¿Quiénes serán los que invadan la Tierra?— volvió a preguntar Lupton.

—La raza humana desaparecerá bajo el ímpetu morolense y los hombres helados le ayudarán a extirpar del planeta hasta el último vestigio de los seres terrestres. Ni...

El resto de la frase se perdió ahogado por un nuevo grito de Elizabeth.

La joven había presentido algo extraño, y al volverse vio los puntos brillantes que les observaban desde una de las galerías. Su primera idea fue avisar al inspector, pero en el preciso momento en que le tocaba el brazo para llamar su atención, un gigantesco reptil brotó de aquella galería y, ondulando su cuerpo por el aire se dirigió hacia ellos.

El joven se volvió con rapidez y, al divisar el nuevo peligro que los amenazaba, extrajo la pistola eléctrica y disparó varias veces.

Los disparos no surtieron ningún efecto en el monstruo, sino que parecieron enfurecerlo más.

Detrás de la rojiza sierpe, apareció un gigantesco cuerpo de color blanquecino, y sus enormes ojos ardieron con un fuego diabólico.

Los cinco tentáculos de que estaba provisto “aquello” se recogieron sobre sí mismos y el terrorífico enemigo avanzó flotando en el aire.

Lupton volvió a disparar su arma y, al ver que las descargas eléctricas no hacían mella en su enemigo, se guardó la pistola y arrastró a Elizabeth hacia una de las galerías.

A grandes zancadas y sintiendo que el monstruo los seguía, recorrieron un largo pasillo. De pronto, la galería desembocó en una sala de inmensas proporciones.

Miles de cajas transparentes se apilaban en hileras que llegaban hasta el techo.

En el interior de cada una había un cadáver, y todos tenían el aspecto de estar petrificados.

Un nuevo horror vino a añadirse a los que ya sentían, y se detuvieron a la entrada de la habitación, sin atreverse a proseguir su huida por allí.

Una mirada hacia atrás los impulsó a seguir avanzando.

El gigantesco pulpo estaba a menos de veinte metros de distancia, y dos de sus horribles tentáculos se proyectaban hacia adelante, pretendiendo hacer presa en sus cuerpos.

A todo correr, se introdujeron por uno de los estrechos pasillos que dejaban las pilas de ataúdes, pretendiendo escapar al fantástico ser que les perseguía.

Cien metros más allá, torcieron por una travesía y continuaron la fuga hasta que, bruscamente, vieron el camino interceptado por la recia pared de hormigón.

La galería que habían estado siguiendo terminaba allí inesperadamente y no había salida.

Se volvieron angustiados. Su gigantesco perseguidor avanzaba dificultosamente por el estrecho pasillo, con los largos tentáculos fluctuando hacia abajo y mirándoles malignamente con sus ardientes pupilas,

Elizabeth se abrazó al policía y hundió la cara en su pecho.

Lupton miró a todos lados ansiosamente, tratando de encontrar un sitio por donde continuar la fuga.

Las pilas de cajas cerraban el paso por todos los sitios, y ellos apoyaron sus espaldas sobre la pétrea pared.

El único camino que podían haber seguido lo taponaba el monstruo con su gigantesco cuerpo.

La distancia se fue acortando con lentitud. El muchacho se fijó en la corta trompa que tenía situada debajo de las rojas pupilas y en las

vellosidades que la rodeaban, y que ahora se agitaban estremecidas por las ansias homicidas que dominaban al repugnante ser.

La muerte había llegado antes de los treinta días que les predijera el fantasma gris. Y Lupton no supo si alegrarse de morir a manos del monstruo o vivir hasta agotar el plazo que tenían señalado.

Angustiado, recordó las palabras que oyera al aparato anunciando una invasión a la Tierra y el exterminio de todos sus habitantes.

Pero sus pensamientos fueron desplazados de su cerebro cuando vio los dos tentáculos que avanzaban como dos inmensos látigos.

Abrazó a la joven con todas las fuerzas de la desesperación y esperaron la inevitable muerte que se les aproximaba.

CAPÍTULO VI

GULIETA Cifariello vio abrirse la puerta del calabozo que ocupaba en las profundidades del búnker y, sostenidos por dos tentáculos, fueron introducidos en la reducida celda Elizabeth Craig y Cecil Lupton.

Los dos jóvenes rodaron por el suelo como dos masas inertes, y la morena se lanzó hacia ellos con ansiedad.

Un ligero examen le demostró que no presentaban ninguna lesión y que su inmovilidad era debida únicamente a la falta de sentido, por lo que se dedicó a prestarles los cuidados necesarios para que se recuperaran del síncope.

Poco a poco, los dos muchachos fueron recobrando la noción de las cosas y sus ojos se abrieron expresando el agudo terror que los dominó durante los segundos que el monstruoso pulpo los rodeó en sus fatídicos miembros.

—Vamos, tranquilícense—dijo la muchacha con voz suave—. Están aquí conmigo y...

—¿Dónde está?—preguntó Elizabeth incorporándose sobre un codo y mirando a todos sitios con espanto.

—Se ha marchado. Aquí sólo estamos ustedes y yo. ¿Qué les ha ocurrido? ¿Cómo han llegado hasta aquí?

—Vinimos buscando al “Fantasma Gris”. Bueno, quiero decir al asesino del profesor Craig—se corrigió Lupton—. Le seguimos hasta el interior de la casa de Thibault y, al morir éste, dimos con la entrada del búnker alemán. Entramos y...

—Comprendo, señor Lupton—dijo Giulieta palideciendo—. Nunca debieron de adentrarse en este antro. La suerte que nos espera es terrible.

—¿Y usted qué hace aquí? ¿Qué tiene que ver en todo esto?—preguntó Elizabeth.

—Yo vine por motivos parecidos a los de ustedes. Quería convencer a Thibault para que se negara a seguir cooperando con estos monstruosos seres, pero él se rió de mí, y uno de esos hombres invertidos me trajo hasta aquí.

—Pero, ¿es que ustedes han colaborado con estos seres repugnantes?

La pregunta del inspector hizo bajar la cabeza a la muchacha y sus mejillas se ruborizaron con intensidad.

—Las circunstancias nos obligaron a ello, señor Lupton. El profesor Craig, Thibault y yo nos vimos obligados a ceder. Nosotros también fuimos amenazados con la “Muerte Escarlata’’ y temimos morir. Lo que nos exigían era que no adelantáramos en nuestros trabajos y que el campo de los ultrasónicos continuara siendo desconocido para los terrestres. A cambio, neutralizaban periódicamente la radioactividad que llevamos dentro, impidiendo que la muerte sobreviniera. Mientras creímos que todo se reducía a que no domináramos los ultrasónicos, no nos importó. Pero, últimamente, Herber descubrió que esto era solamente una faceta del monstruoso plan que se estaba fraguando contra la humanidad y, entonces, se negó a obedecer al profesor Reader. Dos días después murió...

—¿Entonces? ¿Es cierto que la raza humana está en grave peligro?

—Así es, Lupton. Esos gigantescos pulpos se disponen a invadir nuestro planeta y a destruir hasta la última criatura terrestre.

—Pero, ¿qué fin los guía?—preguntó Elizabeth—. ¿Qué les hemos hecho nosotros y quiénes son?

—Su finalidad es bien fácil de comprender. Proceden de un planeta situado en otra galaxia. Se llama Morolo. Y al parecer se está enfriando con gran rapidez. Para sus habitantes es imprescindible buscar un planeta que reúna iguales características de habitabilidad que el suyo, y la Tierra es el que les ofrece mejores condiciones. Hace

muchos siglos que están preparando la invasión y no tardarán en llevarla a cabo. Lo tienen todo ultimado y la realizarán en cualquier momento.

El inspector meditó durante unos segundos en las palabras que acababa de oír y preguntó:

—¿Y qué tienen que ver los ultrasonidos con todo esto? No comprendo su interés...

—Es lo más fácil de todo, señor Lupton. La constitución orgánica de estos cefalópodos los hace inmunes a las armas de que disponemos en la Tierra. Sin embargo, los ultrasonidos producen una clase de vibraciones que para nosotros son innocuas y a ellos los desintegran. Según he podido entender, éste fue el motivo que les hizo apoderarse de Reader. Los experimentos que hizo ocasionaron una mortandad enorme en Morolo y les hizo venir antes de que el científico alemán ultimase su invento.

—Giulieta, pero, ¿usted cree que Reader vive aún? —preguntó Elizabeth. A mí se me hace inadmisible que una persona pueda vivir tantos siglos. Además, está su extraña forma y...

—Todo está explicado perfectamente, Elizabeth. Los morolenses disponen de un procedimiento especial que pudiéramos designar con el nombre de muerte helada. Cuando hacen un prisionero que les interesa conservar, lo introducen en una especie de ataúd transparente dotado de unos dispositivos especiales y lo someten a una temperatura inferior a los cuatrocientos grados. Todas las funciones vitales de una persona quedan suspendidas y su estado es idéntico al de la muerte. En estas circunstancias puede seguir durante años, siglos o milenios. En el momento que lo desean, pueden volverlo a la vida elevando la temperatura, y el seudo cadáver reanuda su existencia como si el tiempo no hubiese transcurrido para él.

—Pero nosotros hemos visto que a esos cadáveres les falta el cerebro, señorita Giulieta—dijo Lupton dubitativo.

—Esos cerebros son los que están en los receptáculos de plástico y, como en el caso del profesor Reader, sirven para cumplir misiones especiales destinadas a preparar la invasión. Valiéndose de un proyector, envían la imagen de una persona helada a cualquier punto que deseen y ejecuta las tareas que le han sido encomendadas. Por esto aparecen invertidos en sus formas y son casi incorpóreos. A nosotros nos reservan un final parecido—concluyó la morena con un gesto de desaliento—. Estamos en la antesala del quirófano y no tardarán en venir por nosotros.

Lupton dio unos paseos por la reducida estancia pensando en todo lo que acababa de oír.

En uno de ellos se acercó a la puerta y la examinó detenidamente.

Sus dedos palparon la plancha de acero y, dando unos golpes con los nudillos, se percató de que su solidez era a prueba de evasiones.

—Uno de nosotros tres hemos de escapar de aquí y avisar al S.C.I.S. del peligro que corremos los terrestres—dijo Lupton ceñudo—. A toda costa hay que poner sobre aviso a las autoridades para que se apresten a repeler la invasión y que releven de los cargos que ocupan a los mandos que están bajo la influencia de la “Muerte Escarlata”. Si no lo conseguimos...

La puerta se abrió de golpe y el policía dejó su frase sin concluir.

Enmarcándose en el umbral había tres hombres metálicos que les miraban en silencio.

Las dos muchachas retrocedieron un paso ahogando un grito de terror.

Lupton miró a las tres máquinas y el desaliento hizo presa en él.

La lucha con aquellos armatostes era inútil. Una sola de aquellas, manos de acero bastaría para reducirlo a la impotencia. Pero la gran responsabilidad que había contraído al enterarse de' lo que se tramaba contra el género humano, le hizo precipitarse a la acción, aunque con el convencimiento de que todo cuanto intentara resultaría nulo.

Avanzó unos pasos y empujó con todas sus fuerzas al primer robot que se le puso a su alcance.

El inesperado ataque hizo trastabillar la máquina, que se precipitó sobre las otras dos produciendo una terrible confusión de ruidos.

El robot se vino al suelo con un estrépito infernal y el joven se dirigió a otro, intentando repetir su estratagema. Pero las máquinas resultaron más ligeras de movimientos de lo que él había imaginado.

Los dos robots que quedaban de pie se apartaron con rapidez y estiraron sus zarpas metálicas, deseando hacer presa en su enemigo.

Lupton retrocedió de un salto cuando una de sus manos estaba a punto de ser atrapada.

Retrocedió hacia el interior, pretendiendo que sus dos enemigos avanzaran tras él y dejaran la puerta libre. Su intención era que las dos muchachas escaparan mientras él atraía la atención de sus enemigos.

Pero éstos parecieron comprender sus intenciones y mientras uno avanzaba, el otro se dedicó a poner de pie al que había caído al principio de la lucha.

Lupton siguió avanzando en dirección contraria a las chicas y les hizo gestos para que intentaran salir.

—Es inútil que intente despistarlos, inspector—dijo Giulieta con

acento fatalista—. Aunque su apariencia es mecánica, están dotados de cerebros humanos y no podrá engañarles.

El joven buscó con la mirada algo que le pudiera servir para defenderse del ataque de los robots que se venían encima. El otro había quedado bloqueando la puerta con su mole y miraba la escena con ojos brillantes de perversidad.

Uno de sus atacantes alargó el cepo metálico que tenía por mano e intentó atraparlo por un brazo.

El policía saltó de costado y cogiendo una silla la estrelló con todas sus fuerzas en la bola de acero que hacía las veces de cabeza.

Una lluvia de trozos de madera se esparció por la celda al tiempo que se oía un golpe lleno de resonancias metálicas.

Fuera del ruido, su golpe no pareció originar ningún efecto en la montaña de acero. Su cuadrada mandíbula se abrió, luciendo dos hileras de dientes grises, y una carcajada siniestra brotó de la garganta artificial.

Y mientras tanto, Lupton había estado retrocediendo, acosado incesantemente por sus dos enemigos, y sus espaldas tropezaron en la recia pared de hormigón.

Estaba acorralado.

La desesperación se apoderó de él. La ansiedad llegó a su punto culminante cuando vio a Elizabeth que, venciendo su miedo, se acercaba a los dos robots para intentar librarle de la terrible amenaza que se le echaba encima.

Giulieta Cifariello siguió a Elizabeth, y las dos jóvenes se acercaron por detrás a las máquinas, sin saber qué hacer para librar al policía de las terribles zarpas que se alargaban hacia su cuerpo.

Y el ejemplo de las dos muchachas que, venciendo su terror y olvidándose del peligro que iban a afrontar, se disponían a ayudarle, electrizó a Lupton y le hizo obrar con decisión y rapidez.

Sus amplias espaldas se apoyaron contra la pared y, tomando impulso, se lanzó hacia adelante con toda la fuerza que su fuerte musculatura le proporcionaba.

Su cabeza pasó con meteórica velocidad por entre los dos cuerpos de acero y sus brazos rodearon la cintura de sus enemigos haciéndoles retroceder violentamente por la fuerza del choque.

Uno de ellos cayó con gran estrépito, y Lupton centró todos sus esfuerzos en derrumbar al otro. No lo consiguió y hubo de retroceder de un salto, esquivando el manotazo de la enfurecida máquina.

Un sudor frío inundó la cara del policía al darse cuenta de lo cerca que había estado de la muerte. Pero se rehízo en seguida y, dando

varios saltos de costado, empuñó otra silla.

La experiencia que había adquirido sobre sus enemigos en el transcurso de la corta lucha, le hizo variar de táctica.

Con el rabillo del ojo observó los esfuerzos que hacía el robot por levantarse y comprendió que sus cálculos eran certeros al confiar en la poca estabilidad de las máquinas.

Se acercó por un costado al que se le enfrentaba y le amenazó con la silla.

El robot estiró un brazo y sus férreos dedos se cerraron alrededor de una pata. En el mismo instante, el inspector empujó con fuerza y, cuando el robot echó todo el peso de su cuerpo hacia adelante para impedir la caída, Lupton tiró hacia sí con energía.

Su maniobra tuvo un éxito completo.

La máquina perdió el equilibrio y cayó sobre la otra, que en aquel momento había conseguido ponerse de rodillas.

Lupton no perdió el tiempo. Sabía que los segundos tenían un valor extraordinario y se dirigió hacia el tercer enemigo que seguía bloqueando la salida con su cuerpo.

Le atacó de frente haciendo una finta con el trozo de silla que le había quedado en la mano.

Pero el otro no se movió. Parecía estar desconcertado por el inesperado rumbo que habían tomado los acontecimientos.

Y el cerebro humano que movía aquel amasijo de resortes metálicos debió de pensar que lo más prudente era retirarse antes de que lo derribaran a él también y los prisioneros escaparan.

Sin que su cuerpo dejara de obstruir la salida, retrocedió dos pasos y se dispuso a cerrar la puerta.

El inspector comprendió sus intenciones y, dispuesto a no dejarse encerrar nuevamente, se lanzó en una magnífica plancha hacia las piernas de su enemigo.

El impacto fue terrible y sus hombros crujieron siniestramente por efectos del golpe.

Las piernas se movieron de un sitio para otro a fin de recuperar la perdida estabilidad y el joven se escabulló por el otro lado.

Se incorporó fuera de la puerta y se frotó los doloridos hombros mientras observaba cómo su enemigo se debatía en el aire para no caer.

Y cuando el robot estaba a punto de conseguir su vertical, volvió a lanzarse sobre él. El fiero empujón le hizo trastrabillar violentamente y, pasando la puerta, fue a caer en el centro del calabozo.

Elizabeth y Giulieta salieron despavoridas y la primera cerró la puerta, asegurándola con el potente cerrojo de que estaba provista.

La fuga, que habían considerado imposible, estaba conseguida, y los dos jóvenes se abrazaron llenos de alegría.

—Hemos de salir de aquí cuanto antes. ¿Sabe usted el camino, señorita Cifariello?—preguntó el policía.

—No, no lo conozco, señor Lupton. A mí me trajeron como a ustedes, y esto es un verdadero laberinto de pasadizos.

—De acuerdo. La buscaremos y, con un poco de suerte, conseguiremos salir al exterior. ¡Vamos!

Los tres jóvenes se pusieron en marcha. Lupton iba en cabeza.

Una puerta situada a pocos metros llamó su atención. Al abrirla apareció ante ellos una estancia enorme y perfectamente iluminada.

Numerosas vitrinas de cristal se adosaban a las paredes, repletas de instrumental quirúrgico, y en el centro había varias camillas articuladas que parecían esperar algunos cuerpos.

— ¡Un quirófano!—exclamó Elizabeth sorprendida.

—Sí. Aquí es donde se proponían producirnos la muerte helada—dijo Giulieta—. Los tres robots que hemos dejado encerrados deben de ser los médicos que iban a llevar a cabo la operación.

Lupton se acercó a una de las vitrinas y se apoderó de un bisturí de grandes proporciones. Mientras lo sopesaba en una mano, pensó que como arma podía prestarle pocos servicios, debido a la naturaleza de los enemigos que podrían cortarle el paso, pero, con un encogimiento de hombros, se dijo que siempre sería mejor que nada.

Abandonaron la sala de operaciones y prosiguieron por el pasillo con los corazones latiendo fuertemente y los labios apretados en un gesto lleno de resolución.

—¿Sabe usted si hay muchos pulpos aquí?—le preguntó Lupton a Giulieta sin dejar de caminar.

—No lo sé, pero cálculo que serán los suficientes para apresarnos si nos descubren.

—En caso de que sucediera tal cosa, yo me enfrentaré con ellos y ustedes dos deben procurar escapar. Es preciso que alguien advierta al mundo el peligro que corre y... Y a propósito, Giulieta, ¿cree usted que los terrestres podremos rechazar esa invasión que nos amenaza?

—Sí, si conseguimos salir de aquí. Yo conozco la fórmula que nos permitirá utilizar los ultrasonidos sin peligro alguno para el género humano. Herber me la comunicó horas antes de que le matara el profesor Reader.

El pasillo que habían estado siguiendo terminó bruscamente en

una de las numerosas rotondas que había en el interior del búnker, y los tres jóvenes se acercaron a un gigantesco aparato que había en el centro.

Las características de la máquina eran parecidas a la que vieron antes, con la diferencia de que ésta tenía en un costado una especie de proyector de grandes dimensiones y en su parte frontal, sobre los recuadros que a veces se iluminaban, había una gran pantalla televisora, apagada a la sazón.

Giulieta examinó el gigantesco dispositivo con extremada atención y dijo:

—Este debe ser el receptor de que se valen los pulpos para proyectar a los hombres helados en la dirección que desean. De esta pantalla será desde donde los dirigen y de donde brota la "Muerte Escarlata".

El inspector meditó durante unos segundos sin saber qué partido tomar. Dejar aquel aparato intacto le parecía dar demasiadas facilidades a sus enemigos, pero temía que al destruirlo pudiera originar la muerte de las personas que yacían bajo los efectos de la "Muerte Helada" y que, a juzgar por lo que le dijo Giulieta, estaban al servicio de los habitantes de Morolo. ¿Pero seguirían siendo enemigos de sus congéneres, los terrícolas cuando el influjo de los pulpos cesara sobre ellos? El joven creía que no y por ello dudaba en destruir la gran máquina que tenía ante sí. De pronto se decidió. Lo que convenía de momento era impedir que ninguno de aquellos seres pudiera ser proyectado al exterior del búnker y causara nuevas víctimas con las fatídicas radiaciones que producían la "Muerte Escarlata".

Su mano, armada del fuerte bisturí, se introdujo en el proyector y asestó un golpe, en el cristal. Tuvo que repetir varias veces su intento hasta lograr que la translúcida materia se astillara y saltara reducida a pequeños fragmentos, dejando al descubierto una serie de pequeños embobinados y multitud de resistencias que destruyó con rapidez. Completó su labor cortando grandes trozos de los finísimos hilos que unían los cerebros con el aparato, y por último levantó un trozo de la coraza de acero que cubría los dispositivos interiores y rompió los que le parecieron más importantes.

—Vámonos—dijo cuando dio por terminada su labor—. Seguiremos estos hilos y ellos nos conducirán a la galería donde están los cerebros. De allí en adelante conozco el camino y nos será fácil alcanzar la salida del búnker.

Pero sus esperanzas resultaron frustradas.

El túnel que seguían desembocaba bruscamente en una inmensa rotonda fuertemente iluminada y en su interior estaba lo que

precisamente habían tratado de evitar.

En aquella habitación circular debía ser donde se centralizaban todos los dispositivos de mandos a distancia que existían en el interior del inmenso búnker, antiguo baluarte alemán.

Diseminados por el interior de la habitación y manejando diferentes aparatos con las palmetas membranosas que remataban sus largos tentáculos, habían pulpos blanquirrojos.

Los tres terrestres se detuvieron horrorizados por la espantable visión de los monstruos, que no parecían haberse dado cuenta de su proximidad.

Lupton se volvió procurando no hacer ruido e indicó a las dos mujeres que retrocedieran en silencio.

La retirada se efectuó cuidadosamente hasta alcanzar un recodo del túnel y, entonces, apresuraron el paso. Pero una nueva contrariedad surgió ante ellos, representada por cinco o seis robots, mezcla de hombres y máquinas.

El camino estaba cortado. Para esquivar a los hombres de acero, no tenían más remedio que ir a parar a la sala donde estaban los cefalópodos; de lo contrario.,.

Las máquinas vivientes avanzando por la estrecha galería, resolvieron sus dudas. Una de ellas les señaló con un gesto y el reducido grupo se precipitó hacia los tres muchachos corriendo pesadamente y produciendo siniestros ecos en el interior del abovedado recinto.

La violenta irrupción que realizaron en la sala levantó entre los monstruos un concierto infernal de gritos inarticulados, y se revolvieron azotando el aire con sus largas patas.

Lupton corrió desesperadamente en dirección a una galería que arrancaba de un costado de la sala-control, pero dos gritos simultáneos que sonaron a sus espaldas le hicieron, volverse.

Elizabeth y Giulieta acababan de ser apresadas por uno de los repugnantes monstruos y ambas se debatían desesperadamente entre los potentes tentáculos.

Sin dudarlo un segundo, el inspector se arrojó contra la alimaña esgrimiendo el afilado escalpelo.

Uno de los látigos carnosos hizo presa en su cintura y lo elevó en el aire, como si se tratara de una pluma.

Cecil se debatió furiosamente y clavó repetidas veces el arma en la repelente carne de “aquello”, que oponía una resistencia tenaz a la penetración del acero.

Pero sus golpes debieron de producir un intenso dolor en la bestia,

porque emitió una serie de pitidos que tenían cierto parecido con los de una locomotora y atrajo al policía hacia su asqueroso cuerpo, mientras lanzaba otro tentáculo buscando la mano armada con la evidente intención de inmovilizarla.

El joven comprendió las intenciones de su enemigo y volvió a clavar el arma en el tentáculo que le aprisionaba la cintura.

A cada golpe, su mano experimentaba una sensación de resistencia vencida y, el temible bisturí se clavaba hasta la empuñadura, desgarrando fieramente los tejidos.

Un líquido de color púrpura se escapó a grandes borbotones por las numerosas heridas, e inmediatamente la presión de su cintura desapareció, dejándole libre.

Una mirada de triunfo destelló en las pupilas de Lupton. Acababa de comprobar que los monstruos eran vulnerables, y avanzó hacia el gigantesco cuerpo que tenía a varios pasos.

Los enormes ojos de la bestia le miraron con intenso fuego, que no consiguió intimidarlo, y el escalpelo se clavó repetidamente en la parte superior de la capucha blanquecina que le servía de cabeza.

El habitante de Morolo se debatió espasmódicamente y sus tentáculos sufrieron un temblor convulsivo." Las dos muchachas fueron arrojadas a varios pasos de distancia y quedaron en el suelo inconscientes.

Varios pulpos alargaron sus flexibles miembros en dirección a Elizabeth y Giulieta y las elevaron en el aire.

El hombre del S. C. I. S. arremetió furiosamente contra el bosque de sierpes rojizas que se debatían ante él y su arma hirió a diestro y siniestro con centelleante rapidez.

La lucha terminó bruscamente cuando uno de los monstruos le tomó por la cintura y, con fulmínea rapidez, le arrojó hacia un rincón de la estancia con terrible fuerza.

El joven impactó violentamente contra una enorme pantalla que saltó hecha trizas y después rodó basta el suelo.

Con un esfuerzo contuvo el dolor que sus múltiples contusiones le ocasionaban y se puso lentamente en pie, dispuesto a proseguir la desigual lucha.

Uno de los cefalópodos avanzaba flotando por el aire y sus ojos llameaban con furia diabólica.

El inspector, elevó el brazo y asestó una puñalada que su enemigo esquivó con rapidez.

Cecil retrocedió unos pasos esquivando un trallazo que le enviaba su enemigo y levantó el brazo armado dispuesto a descargar un golpe

definitivo.

Pero la ventaja del morolense, al flotar en el aire, se puso de manifiesto.

Dos de sus rojos tentáculos atacaron simultáneamente al inspector que se vio amenazado por sus dos flancos.

Perdió una décima de segundo en escoger su reptilesco objetivo y, cuando se lanzó hacia él, se sintió cogido por la garganta, y la trompa del morolense le golpeó en la cabeza con tal fuerza que le dejó inconsciente.

CAPÍTULO VII

Y dice usted, sargento, que no encontró a nadie en el interior de la casa?

La pregunta la había formulado Lom Wailor, superintendente de los Servicios Combinados de Inteligencia Sideral.

—Sí, señor—repuso el corpulento sargento que había quedado en el exterior de la casa de Thibault cuando entraron el inspector y Elizabeth—. En todo el edificio no pude encontrar más que el cadáver

del dueño de la casa. Entonces regresé al patrullero y llamé a varios vehículos que había en las cercanías. Cuándo tuvieron rodeada la casa, vine a verle, cumpliendo las órdenes que me había dado el inspector…

—Dígalo, sargento—dijo el jefe del S. C. I. S. viendo que al policía le quedaba algo dentro y no se atrevía a decirlo.

—Es que es muy extraño, señor. Cuando volví a mi coche, el detector seguía denunciando la existencia de “eso” que el catalizador no había conseguido catalogar. ¡Muy extraño!—concluyó el suboficial pensativo.

Wailor apretó un pulsador de los varios que había sobre su mesa de trabajo y ordenó :

—Suba a mi despacho, señor Mili.

—Enseguida, señor—contestó alguien por el dictáfono.

—Todo lo que está sucediendo es muy extraño, sargento—dijo el superintendente reanudando su anterior conversación—. Pero tengo la impresión de que el velo del misterio se va a levantar dentro de poco.

Sonaron unos golpes en la puerta y cuando Wailor autorizó la entrada, apareció el joven y atlético inspector que había sido llamado.

—Pase usted, inspector. Según parece. Lupton ha entrado en una casa en persecución del asesino del profesor Craig. El sargento quedó afuera con el encargo de venir a avisarme. Pero antes ha tenido la precaución de acordonar la finca, y vamos a ir allá. Encárguese de dotar a nuestros hombres con armas nucleares y que el sargento le conduzca a esa casa. Yo iré dentro de unos minutos y no quiero que entren en el edificio hasta que yo esté presente. ¿Ha comprendido?

—Sí, señor.

—Pues adelante y no se olvide de llevar los equipos de técnicos. Presiento que nos van a ser muy necesarios.

El inspector y el sargento se retiraron, y el superintendente se puso en comunicación con el coronel que mandaba las fuerzas policíacas de Tarlia.

Doce minutos más tarde, toda la policía de la ciudad de los sabios estaba alrededor de la casa que había habitado Jean Thibault.

Lom Wailor, acompañado del coronel y del profesor Laift, descendió de un vehículo y se acercó a la puerta principal de la casona que estaba abierta.

Allan Mili les salió al paso y, después de saludarles, dijo:

—El edificio está perfectamente rodeado, señor, y los equipos técnicos, instalados convenientemente. El detector gigante que hemos traído acusa en el subsuelo de la casa instalaciones de maquinaria movida por energía eléctrica y una gran cantidad de radiaciones que

nuestros espectroscopios no han podido definir convenientemente.

—Bien, inspector. Envíe dentro un equipo de hombres con un detector y que localicen de dónde sale toda esa energía. Usted, tome el mando de un par de docenas de hombres de los más decididos y siga al detector. Creo que no tardaremos en dar con lo que nos interesa.

* * *

Cecil Lupton recobró el conocimiento y lo primero que sintió fue un lacerante dolor en todo su cuerpo. Esto le llevó a recordar la lucha que había sostenido contra los pulpos y con gran sobresalto, intentó incorporarse.

Su cabeza chocó contra algo sólido que retumbó sonoramente.

Abrió los ojos desmesuradamente intentando vencer el mareo y fijar las imágenes, pero todo lo que pudo descubrir fue un trozo de materia plástica.

Aquello fue suficiente para comprender dónde estaba. Con un estremecimiento de pavor llegó a la conclusión de que lo habían introducido en uno de los ataúdes destinados a producir la muerte helada.

Volvió la cabeza con desesperación, buscando algo que le sirviera para escapar al horrible destino que le aguardaba, pero sus ojos no pudieron descubrir nada que le sirviera de ayuda a sus propósitos. A pocos pasos de distancia vio otra caja transparente y en su interior divisó a Elizabeth. La joven estaba inmóvil y, por su palidez, su rostro semejaba una máscara de escayola.

Reunió todas sus fuerzas en un intento de reventar la fatídica caja, pero sus esfuerzos no consiguieron otra cosa que dejarle extenuado y sudoroso.

Los tres robots que habían encerrado en el calabozo donde estuvieron presos, deambulaban de un sitio a otro del amplio quirófano, rozándose despreocupadamente con los morolenses que atestaban la habitación y que lo miraban con sus ojos ardientes.

Súbitamente oyó un silbido penetrante y sintió que su cuerpo adquiría una tremenda rigidez. Sus ojos perdieron la visión y sus sentidos dejaron de funcionar. Al límite de la inconsciencia, comprendió que la muerte helada se estaba posesionando de su organismo, y una profunda angustia se apoderó de su espíritu al pensar en Elizabeth y en el destino horrendo que acechaba a la humanidad. ¡Exterminio! ¡Exterminio! ¡Exterminio!... repitió su cerebro una y otra vez con extraña insistencia mientras que perdía la noción de las cosas.

Como respondiendo a su silenciosa llamada, la puerta del quirófano se abrió con violencia y un grupo de hombres encabezados por Lom Wailor apareció en el umbral.

Los tres robots que hacían las veces de cirujanos desentendiéronse de la labor que estaban realizando y avanzaron con gestos amenazadores, al mismo tiempo que los gigantescos cefalópodos se remontaban en el aire y agitaban sus largos tentáculos con nerviosismo.

Se produjo un ruidoso arrastrar de pies al retroceder los terrestres varios pasos.

La desconcertante escena que presenciaban sus ojos era lo más fantástico que jamás pudieron figurarse.

Los extraños silbidos que producían los morelenses al agitar las vellosidades que rodeaban su corta trompa, hicieron reaccionar al superintendente del S. C. I. S.

El disparo de su pistola eléctrica no produjo ningún efecto en el robot que recibió el impacto. Seguramente, su cerebro humano estaba perfectamente aislado y la máquina continuó su avance.

Allan Mili apartó a su jefe de un violento empujón y disparó varias veces con la pistola desintegradora que empuñaba.

El efecto fue instantáneo.

El quirófano se incendió en un blanquísimo fulgor, que arrancó brillantes destellos al numeroso instrumental contenido en las vitrinas, y el primer robot dio la sensación de haberse convertido en algo transparente, para desaparecer un segundo más tarde, volatilizado.

El inspector Mili saltó al interior de la sala de operaciones seguido de cerca por los diez hombres que componían el pelotón.

Y una lucha extraña, alucinante, se desarrolló en aquella misteriosa sala, enclavada en el interior de un antiguo búnker alemán.

Las armas atómicas de que iban provistos la mayoría de los terrestres desintegraron con rapidez a los dos robots que quedaban, pero fracasaron con los cefalópodos. Los monstruos, suspendidos a varios metros de altura, recibían la lluvia de disparos que les prodigaban los hombres y, emitiendo espeluznantes ruidos, azotaban el aire con enorme violencia, intentando destruir a sus atacantes.

Lom Wailor, que había quedado en el umbral, cerró la puerta para impedir que escapara algún enemigo y se dirigió a uno de los varios policías que yacían en el suelo, con el propósito de apoderarse de su arma.

El profesor Laift, mientras tanto, se había encaminado hacia los aparatos que habían estado manejando los robots y manipuló en sus

mandos, pero un tentáculo le golpeó con gran fuerza en el hombro y lo envió rodando a varios metros de distancia, precisamente, junto a Giulieta Cifariello, que se hallaba tendida en una camilla.

Laift se incorporó pesadamente y comprobó que la joven tenía el cráneo hundido por un fuerte golpe y además presentaba síntomas de haber experimentado los efectos de la "Muerte Escarlata".

Esquivando a los luchadores, se dirigió nuevamente a la máquina que controlaba la temperatura dentro de los ataúdes.

Esta vez consiguió desconectar el dispositivo que generaba la baja temperatura y, a continuación, buscó afanosamente los generadores térmicos que volverían a la vida al inspector y Elizabeth.

Y, entretanto, la lucha seguía cada vez con mayor encono a su alrededor.

Los hombres habían abandonado las armas y se defendían precariamente, arrojando cuantos objetos se les ponían a su alcance.

Lom Wailor y el inspector Mili habían roto los cristales de una vitrina y se habían apoderado de dos escalpelos, con los que arremetieron furiosamente contra los pulpos.

Pero el resto de los policías estaba siendo víctima fácilmente de los potentes tentáculos que sus enemigos utilizaban como armas.

De los diez o doce hombres que habían entrado en la habitación, quedaban en pie cinco, contando al inspector y al superintendente, que luchaban con denuedo en cabeza.

Wailor comprendió que de seguir la lucha en aquellas circunstancias, serían exterminados, y fue retrocediendo en dirección a la puerta. Pero sus enemigos tenían empeño en no dejarlo salir y dos de ellos le bloquearon el camino con sus flexibles cuerpos.

El círculo de tentáculos se cerró un poco más y las pupilas rojas relucieron malignamente disponiéndose a dar el envite final, que acabaría con los terrestres.

Laift, que había quedado al margen de la lucha, preocupado en la tarea de devolver la vida a Lupton y Elizabeth, se acercó a la destrozada vitrina y, cogiendo algunos instrumentos cortantes, los arrojó a los hombres cercados para que los utilizaran en su defensa.

Su ayuda, sin embargo, llegó tarde. Los morolenses se arrojaron en confuso montón sobre el reducido grupo de policías y los sepultó bajo sus cuerpos.

Y en aquel momento sonaron unos golpes recios en la puerta.

El profesor Laift cruzó la estancia con rapidez y descorrió el antiguo cerrojo que la aseguraba.

Ya era tiempo. Un látigo carnoso rodeó su cintura y levantándolo

en el aire lo proyectó a varios metros de distancia, dejándole inconsciente.

El nuevo pelotón de refuerzos estaba mandado por el coronel de la policía y, pasada la primera impresión de sorpresa, se lanzó al ataque furiosamente.

—Dejen las armas—ordenó el superintendente del S. C. I. S.—. Son inútiles. Estos seres deben de tener una constitución anatómica diferente a la nuestra y no son susceptibles de desintegración. Usted—dijo dirigiéndose a un policía que estaba junto a la puerta—. Salga de aquí y llame a todos los hombres que están diseminados por los corredores.

Wailor comprobó de un vistazo los efectivos de que disponía y volvió a ordenar:

—Cinco hombres para cada bestia. Procuren atacarla por la parte de los ojos, creo que será la más sensible. Usted, coronel, venga conmigo.

Los dos hombres se dirigieron a las vitrinas e hicieron acopio de todo el instrumental que se podía utilizar como armas.

La distribución ofreció algunas dificultades, pero, al fin, la mayoría de los hombres estuvieron armados de tijeras, escalpelos y otros adminículos, y arremetieron por grupos a los cefalópodos, que se fueron replegando hacia un rincón de la estancia.

La batalla parecía estar ganada, cuando los monstruos emitiendo estruendosos silbidos, estiraron la pequeña trompa que tenían en la parte inferior de la cabeza y proyectaron gruesos chorros de un fluido azul.

Los terrestres se vieron envueltos inmediatamente en una especie de neblina que relajó sus músculos y les ofuscó el cerebro.

Poco a poco, fueron cayendo inertes, junto a los morolenses, que también habían sido víctimas del extraño gas y yacían inmóviles en el suelo.

La lucha había terminado de la forma más inesperada que cabía esperar. Los hombres y las bestias, que unos segundos antes luchaban enconadamente, permanecían unos juntos a otros con la indiferencia propia de las cosas inanimadas.

CAPÍTULO VIII

EL profesor Eddie Collins entró en el quirófano subterráneo cuando las fuerzas policíacas provistas de trajes y caretas especiales contra los gases y radiaciones, estaban retirando los cuerpos inanimados de los morolenses.

El inmenso búnker hervía de hombres que iban de un lado a otro registrándolo todo y comprobando que, fuera de los once seres extraterrestres capturados en la sala de operaciones, no había más enemigos.

En cuanto a la casa de Thibault, parecía un centro de atracción por la cantidad de vehículos que llegaban sin cesar cargados de aparatos y científicos.

Parecía que todos los sabios de Tarlia, que era tanto como decir de la Tierra, se habían dado cita allí, y los de más renombre deambulaban rodeados de sus ayudantes, comentando lo ocurrido y con la impaciencia reflejada en sus rostros. Para aquellos estudiosos constituía una atracción irresistible el cúmulo de maravillas científicas que encerraba el viejo búnker alemán.

Pero varios policías, al mando del sargento que acompañara a

Lupton y Elizabeth, situados ante la puerta de acero que daba acceso a los subterráneos, impedían la entrada, esperando a que el profesor Collins terminara su trabajo en el quirófano.

Y el médico, ayudado por diez de sus ayudantes, se dedicaba en aquellos momentos a reconocer escrupulosamente a los hombres que habían caído víctimas de los gases letales que los cefalópodos habían proyectado en los últimos momentos de la lucha.

El laboratorio electrónico entró en acción, manejado por el profesor, y los análisis se sucedieron vertiginosamente, dando los resultados en voz alta a fin de que todos los científicos se fueran enterando simultáneamente.

Pocos segundos bastaron para que el profesor emitiera su diagnóstico. Un diagnóstico que, sin la ayuda del pequeño laboratorio portátil que realizaba la verificación de un organismo en una pequeñísima fracción de tiempo, les hubiese costado años de laboriosas experiencias.

—Señores, los gases letales que infectan la atmósfera han ocasionado la destrucción de los glóbulos rojos de estos hombres y toda una serie de secuelas que vamos a intentar remediar. Señor Ward, dedíquese a extraer el aire que hay en esta habitación y a inyectar una nueva atmósfera. Señor Larkins, usted se encargará de utilizar el estimulador cardíaco de ondas sónicas. Es preciso estimular los corazones. Dorlens, Wair y Diust se ocuparán de inyectar dosis masivas de serocardín para ayudar a la acción del vibrador. Werker y Naish restituirán los fagocitos destruidos. Usted, Lye, repondrá los tres millones de hematíes que le faltan a cada uno de estos hombres en cada centímetro cúbico de sangre. Y por último. Carey y Dalh se encargarán de producir un bombardeo radiactivo sin sobrepasar las diez megas, a fin de destruir los anticuerpos morbosos que existen en la sangre.

El profesor Collins terminó de dar instrucciones y comprobó que sus hombres daban comienzo a sus respectivas misiones.

Ward puso en funcionamiento la bomba de doble acción, y los gases fueron aspirados con gran rapidez, al mismo tiempo que el aparato soltaba grandes cantidades de oxígeno artificial. Larkins enfocó el proyector sónico, y las ondas luminosas se esparcieron por toda la habitación, estimulando por medio de impulsos eléctricos los inmóviles corazones. Esto, unido a las inyecciones de serocardín y a las restantes maniobras de los científicos, llenaron la estancia de rumores.

Los hombres que estuvieron en la frontera de la muerte no tardaron en dar señales de vida.

Sus pechos empezaron a moverse acompasadamente, aspirando ansiosamente el oxígeno que llenaba la habitación, y sus músculos fueron abandonando la rigidez que los había dominado.

Collins y sus ayudantes se quitaron las caretas que habían tenido puestas durante las maniobras precedente y, coincidiendo con su acción, algunos de los policías empezaron a recuperar el conocimiento y a lanzar miradas asombradas a su alrededor.

Lom Wailor fue uno de los primeros en recuperarse, y su primer cuidado fue preguntar por el estado de Cecil Lupton y Elizabeth Craig.

—Aún no he tenido tiempo de comprobar su estado, señor Wailor —respondió Collins—. He estado ocupadísimo con rescatarles a ustedes de entre los muertos; pero ahora...

—¿Y los bichos que nos pusieron en tan lamentable estado, profesor?—le interrumpió el superintendente del S.C.I.S.

—Sus hombres se los han llevado afuera. Supongo que algún equipo de mis ayudantes se estarán ocupando de volverlos a la vida. Estoy interesado en estudiar sus organismos... ¡Hum!—exclamó el profesor con gesto pensativo—. Estoy intrigado con esos seres. Su fisiología debe de ser completamente diferente a la nuestra. Quiero decir que el átomo no debe de figurar en sus células. Por eso, las armas nucleares no les hicieron mella y, en cuanto a sus tejidos, deben de ser sumamente esponjosos y...

—Está bien, profesor—le interrumpió Wailor-—. Tendrá todo el tiempo que quiera para estudiar en ellos; pero ahora tenga la bondad de ocuparse de esos dos jóvenes y vea la forma de hacerlos volver en sí. Necesito que me digan qué clase de seres son ésos y lo que pretendían... ¿Y esa muchacha?—dijo señalando a Giulieta Cifariello.

—Está muerta, señor Wailor. ¡La muerte Escarlata!...

—Bien, profesor; mientras usted se preocupa de esos jóvenes, yo voy a ordenar que entren sus colegas de Tarlia y estudien todo lo que contiene este búnker. Me temo que vamos a necesitar sus informes con gran urgencia.

* * *

—¿Cómo se encuentra, inspector?—fue la primera pregunta que el superintendente del S. C. I. S. dirigió a Lupton al entrar en la habitación de la clínica especial que los Servicios Combinados de Inteligencia Sideral tenía instalada en Tarlia.

—Bien, señor. A decir verdad, me encuentro mejor que nunca. Hasta las molestias que en los últimos días estuve padeciendo, han desaparecido.

Wailor se sentó en una silla y sonrió alegre.

—El profesor Collins me ha dicho que le diera la noticia tomando precauciones; pero yo mantengo la creencia de que un hombre del S. C. I. S. no necesita de circunloquios para recibir una buena noticia: La radiactividad que le amenazaba, ha desaparecido de su organismo y...

Lupton se había incorporado violentamente sobre el lecho y miró a su jefe con ojos ilusionados.

—¿Es cierto eso, señor?—preguntó el inspector temblando de ansiedad.

—Sí. Es cierto. Lo malo es que ignoramos la fórmula que ha obrado esta maravillosa curación y no podremos emplearla en casos semejantes. Sin embargo, hemos averiguado que todas las personas que murieron a consecuencia de la "Muerte Escarlata" padecían del mismo mal que ustedes dos, y que en el último instante se les administraba, una dosis fatal de radiaciones por medio de un receptor instalado en una sortija que llevaban puesta. Estamos convencidos de que era una especie de chantaje y, al negarse a obedecer, se les destruía... En fin, lo importante es que ustedes dos salieron de su ataúd transparente sin ningún vestigio de la peligrosa energía.

—Entonces... ¿Elizabeth está bien? ¡Está bien!—y al decirlo se arrojó de la cama.

—Cálmese, inspector. El profesor Collins me ha recomendado que no le causara ninguna emoción fuerte y...

Las últimas palabras del superintendente no las oyó Lupton.

De la radiante alegría que un segundo antes le embargaba, se precipitó a una seriedad imponente y se dejó caer en la cama pensativo.

—¿Qué le ocurre ahora, inspector?

—La invasión, señor. Lo había olvidado y... ¿Y Giulieta Cifariello? ¿Dónde está?

—Murió. ¡La Muerte Escarlata! Pero, ¿de qué invasión habla?

—Nuestro planeta va a ser invadido de un momento a otro, señor. Emplearán los polos terrestres para introducirse en la Tierra y nos empujarán hacia el ecuador, donde seremos exterminados. Los pulpos, señor—agregó el inspector viendo el gesto de incomprensión que se había plasmado en el rostro del superintendente.

—¿Los pulpos?... ¿Una invasión?... ¿Se encuentra bien, inspector?...

—Son los habitantes de un planeta perteneciente a otra galaxia, llamado Morolo. Según tengo entendido, ese astro está enfriándose con rapidez y sus habitantes pretenden aposentarse en la Tierra

después de destruirnos. Lo han estado preparando durante siglos. Por ello, tenían tanto interés en que no avanzáramos en el campo de los ultrasonidos. La única arma que podía darnos la victoria.

Lom Wailor dio unos paseos por la estancia con el semblante demudado. La sonrisa que poco antes había estado luciendo, se le había petrificado en los labios, y una gran preocupación tensaba sus facciones.

—Vayamos por partes, Lupton—dijo parándose ante el inspector —. Cuénteme todo lo que le sucedió desde el momento en que entró en ese maldito búnker y lo que averiguó.

El joven reflexionó durante unos instantes, poniendo en orden sus ideas, y relató minuciosamente cuanto les había sucedido a Elizabeth y a él desde el instante en que acudieron a la llamada del sargento.

—Y esto es todo, señor—dijo cuando terminó de narrar su fantástica aventura—. Ahora comprenderá por qué me afecté tanto por la muerte de Giulieta. Ella era la única que conocía la fórmula que nos hubiera permitido utilizar los ultrasonidos... Con su muerte, desaparece la posibilidad de utilizar el arma que nos hubiera permitido rechazar la invasión. Nos sorprenderán indefensos, inermes... La “Muerte Escarlata” destruirá hasta el último vestigio de vida humana en la Tierra.

—¡Hum!—exclamó Wailor con acento dubitativo—. No creo que nuestros ejércitos sean tan impotentes. Están perfectamente armados y...

—Y los seres de Marolo tienen a los jefes supremos de nuestras fuerzas sometidos al chantaje de la “Muerte Escarlata”, señor. Yo mismo oí como uno de los cerebros lo anunciaba. Los jefes de nuestras fuerzas no combatirán, y sin mandos...

—Comprendo, inspector. Tengo que marcharme inmediatamente. He de ver al profesor Laift. Me dijo que tenía algo muy importante que decirme relacionado con el profesor Craig, y después tengo que ponerme al habla con el presidente de nuestro planeta. La situación en que nos encontramos es sumamente delicada y debe conocerla. Luego convocaré una reunión de lodos los científicos de Tarifa, por si pueden aportar una solución al terrible problema que nos agobia. Esta tarde le enviaré un vehículo para que asista a la conferencia. ¿Se encuentra con ánimos para levantarse?

—Sí, señor. Estaré allí, y Dios quiera que se encuentre la forma de rechazar el peligro escarlata que nos amenaza.

CAPÍTULO IX

EL superintendente Wailor expuso lo que sabía acerca de la temida invasión morolense y concluyó:

—Todo esto que les acabo de explicar, lo puse esta mañana en conocimiento del jefe del gobierno, y a estas horas se habrán tomado las medidas oportunas para separar de nuestros organismos estatales a los hombres amenazados por la "Muerte Escarlata". Pero esto no basta. Es preciso hallar una solución. Algo que si no nos pone en superioridad de condiciones con respecto a nuestros enemigos, al menos, nivele nuestro potencial bélico. Con este fin les he reunido aquí y espero que ustedes, con su ciencia, puedan poner a nuestra disposición el arma que necesitamos. El, presidente de nuestro planeta ha delegado en mí, y yo, en su nombre, les suplico que no escatimen ningún esfuerzo que pueda conducimos al fin deseado.

El profesor Laift nos dirá ahora algo que puede resultar decisivo. Profesor Laift, tenga la bondad de exponer lo que me dijo a mí esta mañana.

El científico se levantó y recorriendo con una mirada a la expectante concurrencia, dijo:

—Señores, la fórmula que nuestro malogrado colega, el profesor Craig estuvo buscando durante años, está en mí poder.

El científico hizo una larga pausa y observó el silencio que sus palabras había producido.

La reunión tenía lugar en una gran sala del edificio donde estaban instalados los Servicios Combinados de Inteligencia Sideral, y casi todos los sabios de Tarlia se hallaban presentes.

—No sé si fue obra del azar o el hecho fue intencionado— prosiguió el profesor Laift—. Lo cierto es que el "ideoman" que tengo habitualmente en los laboratorios fue sustituido por el que pertenecía al profesor Craig. Debido a esta feliz sustitución, estamos en condiciones de dominar los ultrasonidos, pudiendo centrar su poder

destructivo en el sitio que deseemos. El profesor Craig también nos ha legado la fórmula de producir tal cantidad de ondas ultrasónicas que, en contados segundos, podríamos elevar la temperatura de la Tierra a varios millones de grados. O sea, que podríamos convertir nuestro planeta en una monstruosa masa de vapores hirvientes con sólo exponerla a las vibraciones de un proyector situado en el espacio. Pero teniendo en nuestro poder esta arma tan formidable, continuamos indefensos. Indefensos porque si esos seres con figuras de pulpo que todos ustedes han visto, llegan a nuestro planeta… Ya comprenderán que no podemos destruirnos nosotros mismos para impedir la invasión. Se trata, pues, de hallarle una solución a esta parte del problema que ha motivado nuestra asistencia aquí.

—Creo—dijo el profesor Collins levantándose— que lo acertado sería impedir que los invasores llegaran a la Tierra. Salir a su encuentro y presentarles batalla en el cosmos, fuera de nuestra atmósfera, donde el calor se disiparía en el espacio sin perjuicio para nadie, es lo indicado. Se podrían construir varios proyectores y crear una barrera de ultrasonidos alrededor del planeta, que impedirían la entrada en nuestro mundo al enemigo. Quien pretendiera atravesar esta barrera de ultrasónicos, perecería irremisiblemente. Por otra parte, creo que una pequeña dosis de vibraciones ultrasónicas matará a los morolenses. El interior de sus gigantescos cuerpos está formado por multitud de celdillas que le da una apariencia esponjosa. Estas celdillas están llenas de un gas de características semejantes a las del hidrógeno y esto es lo que les faculta para flotar en el aire de nuestra atmósfera. Cuando los ultrasonidos eleven la temperatura de esas celdillas, el fluido que las llena, aumentará varias veces de volumen y las pequeñas cámaras que lo contienen, reventarán simultáneamente, causándoles una muerte instantánea.

La propuesta del profesor Collins fue aceptada por unanimidad y, cuando se hubieron discutido otros pormenores, Wailor encargó la construcción de dos proyectores a los que se debería de dar las máximas dimensiones posibles, dentro de la rapidez que requería su construcción.

El profesor Laift hizo algunos cálculos y, después de hablar con algunos de sus ayudantes más destacados, aseguró que en un plazo de veinticuatro horas, podría tener concluidos los dos proyectores que poseerían un gran potencial calórico.

Después de las últimas palabras del profesor de física, los sabios se marcharon a los laboratorios para dar comienzo conjuntamente a la construcción de las armas más fantásticas que el hombre había construido jamás.

Lupton y Elizabeth se acercaron al superintendente que había

quedado pensativo después de la marcha de los científicos.

—¿Qué opina de todo esto, inspector? Me gustaría conocer su criterio.

—Estoy completamente de acuerdo con las medidas que se han adoptado, señor. En las actuales circunstancias y ante el peligro de que la invasión se produzca en cualquier momento, es el único camino que nos queda. Lo importante, creo yo, es que poseemos armas con qué luchar.

—Sí, así es—afirmó el superintendente—. Gracias al señor Craig, que tuvo el ingenio suficiente para engañar a nuestros enemigos cambiando el “ideoman” suyo por el del profesor Laift. Si conseguimos vencer en la lucha que se avecina, la humanidad estará en deuda con su hermano, señorita.

Un velo de tristeza cubrió las facciones de Elizabeth al recuerdo de su infortunado hermano, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Gracias, señor Wailor. Sus palabras y las del profesor Laift me han hecho mucho bien. Temí que se tachara a Herber de traidor y...

—Su hermano fue un héroe, señorita—le interrumpió Wailor—. Un mártir que, burlando a nuestros enemigos y despreciando la muerte, llevó a término sus experimentos, legándonos el único medio de salvar a la humanidad. Un medio que él no ignoró en ningún instante que le llevaría a la muerte.

—-Y ahora, dígame, inspector. Le veo con deseos de pedirme algo. ¿Es que desea un permiso para casarse?... Si es eso, cuente con él, y permítame que le felicite por la elección que ha hecho.

Y al decirlo sonrió mirando a la ruborizada Elizabeth.

—No es eso lo que quería pedirle, señor. La boda vendrá después... Lo que deseo es que me asigne un puesto en la lucha que se avecina.

—Pero si aún no está recuperado de las peripecias que acaba de sufrir. Es preferible que se quede aquí reponiéndose de los malos ratos que los morolenses le han ocasionado.

—Si me lo permite, señor, deseo ir.

—A decir verdad, pensaba en usted para esta misión, pero no me atrevía a pedírselo. Si está decidido, le pondré al mando de uno de los dos satélites que irán armados de proyectores. El otro lo mandaré yo personalmente.

—Gracias, señor, yo...

—Nada de gracias, inspector. Venga conmigo. Les dejaré en la clínica y, por el camino, le diré en qué consiste el plan que he concebido. La partida de la Tierra será mañana mismo, si están terminados los proyectores.

* * *

—¿Crees que se decidirán a atacar nuestro mundo después de la captura de los morolenses que había en el búnker, Cecil?

La pregunta la había formulado Elizabeth Craig que, embutida en el negro y elástico traje espacial, estaba más bella que nunca.

El inspector concluyó de recibir los informes que le suministraban desde las distintas dependencias del satélite artificial de guerra que tripulaban y contestó:

—Creo que sí, pequeña. A pesar de que deben de estar informados de que la base secreta que tenían instalada en Tarlia ha sido descubierta e inutilizados sus dispositivos, no cejarán en sus proyectos. La muerte de su propio planeta les empujará a invadirnos, aunque sus probabilidades de victoria hayan disminuido considerablemente.

—¿Sabrán que estamos en posesión de los ultrasonidos, Cecil?

—No lo creo. Tu hermano consiguió engañarlos por completo y, debido a esta circunstancia, podremos vencer. Si conocieran nuestro secreto, no dudo de que hallarían la forma de protegerse y nos darían un disgusto. Por lo que tú y yo hemos visto, están mucho más adelantados que nosotros en todas las ramas de la ciencia.

—Si consiguiéramos salvamos y salvar a la humanidad—dijo la doctora recostando su cabeza en el hombro de su prometido—, me sentiría la mujer más dichosa del mundo, Cecil. Si vieras lo feliz que soy al pensar que somos dueños de un futuro como el resto de los mortales. Antes, cuando nuestras vidas estaban abocadas a extinguirse en el breve plazo de unos días, me sentía el ser más desdichado de la Tierra. Renegaba del destino. Un destino que nos condenaba a morir en el momento que te había encontrado...

Lupton le estrechó las manos y la besó emocionado. El también se sentía profundamente feliz por haberse salvado de la trágica muerte que les destinó el profesor Reader.

—Debiste quedarte en Tarlia. Elizabeth. Yo hubiera estado más tranquilo y...

—No vuelvas a empezar. Cecil—dijo la joven cogiendo un brazo del inspector y mirándole mimosamente—. Ya pusiste demasiados inconvenientes a que te acompañara y te hice ver que el mismo peligro corría acompañándote, que quedándome. Si hemos de triunfar, no correré ningún peligro aquí y, de lo contrario, tampoco me hubiese salvado en tierra. Si hemos de morir, prefiero que estemos juntos en el momento definitivo. ¡Hemos compartido tantos peligros desde que dio comienzo esta horrible situación!

—Cierto, querida. Nunca po...

Una pantalla se iluminó en la amplia torre de control y apareció el rostro demudado de un hombre.

—Al habla el comandante de la escuadrilla de exploración número 21. Acabo de divisar un numeroso ejército de astronaves enemigas avanzando con rumbo a la Luna, señor. Su velocidad es de unos seiscientos mil kilómetros a la hora y tardarán veinte minutos aproximadamente en alcanzar el satélite lunar.

—Bien, comandante. ¿Le ha comunicado su descubrimiento al señor Wailor?

—Sí. La comunicación ha sido simultánea—afirmó el superintendente del S. C. I. S. apareciendo en otra pantalla. Usted, comandante, regrese a la Tierra. Su misión ha terminado. Lupton, transmita por el canal múltiple una orden general para todas las escuadrillas de astronaves en servicio de exploración y que regresen a sus bases. Yo voy a pedir a la emisora lunar que nos retransmita el avance enemigo. Usted y yo, inspector, continuaremos en comunicación constante a fin de poder sincronizar nuestros movimientos en el instante oportuno.

—De acuerdo, señor.

El inspector radió la orden para las astronaves y esperó expectante a que la base selenita les enviara la retransmisión que había pedido Lom Wailor.

Esta no tardó en producirse y la gran pantalla que ocupaba uno de los testeros de la torre de control, se iluminó vivamente, reflejando una dilatada panorámica llena de puntitos movibles que avanzaban con vertiginosa rapidez.

Poco a poco, los pequeños puntos brillantes fueron agrandándose y se vieron perfectamente las astronaves que integraban las avanzadillas de una enorme flota espacial.

Lupton puso algunos aparatos en marcha para constatar el número exacto de enemigos y la sección de observación le dio unos datos que le sobresaltaron.

Eran varios millones de aparatos los que marchaban en correcta formación. Wastan, el encargado de la sección de dispositivos de control a distancia, le informó de este extremo y para que no abrigara ninguna duda, redujo la panorámica de la pantalla a fin de que apreciaran mejor los detalles.

La flota enemiga avanzaba en punta de flecha, y en cabeza marchaba un gran satélite artificial, rodeado por una constelación de astronaves de diferentes envergaduras.

—Esos satélites dan la sensación de ser cazadores rodeados de sus jaurías—comentó el inspector.

—Y parece que se dirigen rectamente hacia la Luna —dijo Elizabeth sin comprender el significado de la maniobra enemiga—. ¿Pensarán invadir nuestro satélite lunar, Cecil?

—No. Supongo que al llegar a la Luna se dividirán en dos columnas que atacarán simultáneamente los dos polos terrestres, según tenían proyectado.

Y como respondiendo a las palabras de Lupton, el satélite que hacía las veces de punta de flecha, se detuvo en pleno espacio, y la formación se abrió en dos gigantescas alas que se dirigieron rectamente en las direcciones indicadas por el inspector.

—Acertó usted, Lupton—dijo el superintendente desde la pantalla. Sitúese en el punto designado previamente y, cuando esté sobre él, avíseme.

Lupton abrió un conmutador y estableció comunicación televisada con la sección de rumbos.

—Oiga, Black. Deme la posición exacta que ocupamos en este momento.

—A cincuenta mil kilómetros de la Tierra, señor, y sobre el polo norte, interceptando el eje terrestre.

—Le felicito, Black. Procure mantenerse en esta misma posición; es preciso que no se produzca ninguna deriva.

Mientras tanto, en el satélite mandado por el jefe del S. C. I. S. se efectuaban las mismas maniobras, a fin de situarse en la misma posición respecto al polo sur.

Y en aquel momento, las primeras astronaves enemigas estaban a trescientos mil kilómetros.de distancia y tardarían menos de veinte minutos en llegar a la altura de los satélites terrestres.

—¿Todo a punto, Lupton?—preguntó el superintendente.

—A punto, señor.

—Pues conecte el proyector.

El inspector oprimió un conmutador que había al alcance de su mano, y el enorme proyector instalado en la parte superior del satélite artificial giró levemente en diferentes direcciones, movido por los dispositivos electrónicos que le enfocaban automáticamente hacía el objetivo deseado.

Unos segundos más tarde fue agitado por una potente vibración al proyectar vertiginosamente una serie de ondas concéntricas.

El plan que el superintendente del S. C. I. S. había trazado acababa de ponerse en práctica. Los dos satélites artificiales, colocados

en los extremos opuestos del eje terrestre, proyectaban dos inmensos conos de vibraciones ultrasónicas que, rodeando a la Tierra, se cruzaran en un punto equidistante de los dos satélites, formando una barrera infranqueable para los enemigos.

A partir de este momento, los segundos empezaron a transcurrir con lentitud exasperante.

Los tripulantes de los dos satélites terrestres sentían latir sus corazones atropelladamente, mientras que sus ojos seguían a las astronaves de Morolo con fijeza dolorosa.

El destino de la humanidad se iba a dilucidar dentro de unos breves y cruciales instantes. Si los dos proyectores daban el resultado apetecido, la humanidad se habría salvado; pero si el enemigo, valiéndose de algún medio ignorado, los neutralizaba...

Lupton y Elizabeth se cogieron las manos y se miraron a los ojos, como si intentaran gravar en las retinas sus respectivas imágenes. Estaban sumamente pálidos y sus rostros los perlaba un frío sudor.

Y con rapidez escalofriante, las avanzadillas de la formación enemiga impactaron contra el invisible cono de radiaciones.

El efecto fue instantáneo.

El proyector lanzó una vibración prolongada y el potencial eléctrico del satélite bajó de tono al ser absorbido casi en su totalidad.

Dos satélites y varios centenares de astronaves enemigas se pusieron al rojo en una décima de segundo y se licuaron en pequeñas partículas que se esparcieron por el cosmos.

Las que venían detrás no se apercibieron del desastre o no pudieron evitarlo y corrieron la misma suerte.

Cientos de miles de aparatos impactaron contra el fatídico cono y desaparecieron en contados segundos.

El imponente ejército, que un minuto antes surcaba orgullosamente el cosmos, había sido diezmado y sus desconcertados restos volaban de un sitio a otro con evidente desorientación.

Varios de los satélites gigantes se paralizaron y reunieron a su alrededor a los dispersos restos de la flota.

Lupton los observó a través de la gran pantalla televisora y esperó intranquilo el resultado de aquel intento de organización.

—¿Qué te ocurre, Cecil? —preguntó la doctora viendo que su prometido estaba bajo los efectos de una terrible ansiedad.

—Nada, querida. De momento, nada; pero me da muy mala espina esa reagrupación de fuerzas...

Los hechos se precipitaron y les demostraron prácticamente que las sospechas que había concebido el inspector eran acertadas.

El enemigo había localizado de dónde provenía el peligro y todos los satélites enviaron sus astronaves hacia las bases terrestres.

Una palidez intensa cubrió el rostro del inspector, quien se volvió a la pantalla que le comunicaba con su jefe.

Lo divisó en su lejano aparato, dando órdenes con gran rapidez, y no respondió a su apremiante llamada.

Lupton comprendió que su superior estaba siendo atacado y que no podía distraerse.

Apretando los puños en un gesto lleno de decisión, se dirigió al tablero de mandos y pulsó varios conmutadores.

Un grito de Elizabeth le hizo mirar hacia atrás, sobresaltado.

Y lo que vio le dejó helado de terror.

La pantalla donde un segundo antes aparecía su jefe, estaba ahora iluminada por un fulgor rojo que, por su intensidad, impedía mirar con fijeza. Aquel incendio tomó más incremento y dio la sensación de que la pantalla estaba ardiendo.

Luego, se extinguió de golpe.

Un gran espacio del cosmos se reflejó en el rectángulo televisor.

Del satélite que había mandado su jefe no se veía ni rastro, y Lupton comprendió que el superintendente había sido exterminado por algún arma terrible de aquellos diabólicos seres.

Reaccionó con un violento esfuerzo y, mirando al televisor general, comprendió que no había tiempo que perder.

Las astronaves enemigas se acercaban como una nube de avispas rabiosas dispuestas a destruirle.

— ¡Maldición! Hemos de luchar con todas nuestras fuerzas. Tenemos qué impedir que se apoderen de nuestro planeta.

—Tú lo conseguirás, Cecil. Tú puedes hacerlo, querido. Demuestra a esos repugnantes seres de lo que eres capaz—dijo Elizabeth articulando las palabras con dificultad, pero con un brillo de fe ilimitada en sus hermosas pupilas.

Las frases de la joven surtieron el efecto de un poderoso estimulante en el inspector del S. C. I. S., que inmediatamente entró en acción.

—Atención, Black; es preciso escapar de los enemigos que se aproximan. Ponga el satélite a una velocidad de cien mil kilómetros por hora. No nos separaremos de la Tierra. Describiremos una órbita a su alrededor. Mientras, procuraré dirigir el proyector contra nuestros enemigos. ¡Adelante!

El gigantesco aparato abandonó el sitio donde había estado con un

potente rugido de sus motores y derribó a todos sus ocupantes por efectos del brusco salto que Black le había obligado a dar.

Las astronaves enemigas se empequeñecieron en la pantalla al distanciarse del objetivo que ansiaban destruir.

Los satélites de Morolo salieron de su inmovilidad y siguieron a sus astronaves, abandonando momentáneamente su proyecto de invasión.

Lupton quedó pendiente de la pantalla, viendo la persecución de que era objeto.

Ciento cincuenta mil aparatos enemigos le estaban dando caza. El joven pensó con rapidez la forma de desembarazarse de ellos y acudir al polo sur, que había quedado indefenso. Si los morolenses conseguían llegar a !a Tierra por aquel punto, no podrían destruirlos. Los ultrasonidos representarían un gran peligro para el planeta.

Y de pronto se le ocurrió una idea que, aun pareciéndole suicida, sería la que podría darle el triunfo.

Ceñudamente, enfocó el proyector en dirección a sus perseguidores y amplió el cono de ondas al máximo. Sabía que con esto reducía el alcance de las vibraciones, pero la maniobra que se proponía intentar no precisaba de más longitud.

—Atención. Black. Pase los mandos aquí. Voy a prepararles una trampa a los morolenses y quiero dirigir yo el satélite.

—De acuerdo, señor—respondió el jefe de la sección de máquinas.

Lupton se dirigió al tablero de mandos que acababa de iluminarse y, llamando a su lado a Elizabeth, la besó para infundirle ánimos y le dijo:

—¿Te sientes con fuerzas para ayudarme?

—Sí, Cecil. ¿Qué debo hacer?

—En cuanto yo te avise, apretarás este botón rojo que sirve para desconectar los motores y, seguidamente, oprimes estos dos verdes para accionar los mecanismos de retropropulsión y que el satélite se detenga instantáneamente. ¿Lo harás?—preguntó mirándose en sus grandes ojos negros que brillaban medrosamente.

—Sí, querido; lo haré. Todo lo que me digas, lo haré.

—Eres una mujercita muy valiente—le dijo el joven besándola emocionado—. Anda, dime qué es lo que tienes que hacer. Quiero estar seguro de que no te equivocarás.

Elizabeth le repitió las instrucciones que le había dado y, seguro de que la doctora ejecutaría fielmente sus mandatos, se dirigió a los dispositivos que gobernaban el proyector. La escala graduada que servía para dar a conocer la distancia que alcanzaban las ondas, no

marcaba en aquel momento más de cinco mil kilómetros que. si fallaba su intento, serían recorridos por el enemigo en varios segundos. Un tiempo que no le permitiría escapar a la acción de las armas contrarias.

Pero no había otra alternativa y, apretando los labios con decisión, rozó el conmutador que haría salir los ultrasonidos.

—Atención, Elizabeth. ¿Estás preparada?

—Sí, querido.

—Pues... ¡Ahora!—exclamó oprimiendo el disparador.

Los hechos se sucedieron a una velocidad tan fantástica que los órganos visuales no consiguieron captarlos con exactitud.

El satélite se detuvo con la misma brusquedad que si hubiera chocado con un obstáculo invisible al cesar la fuerza motriz que lo impulsaba y entrar en acción los mecanismos de retropropulsión.

Pese a los dispositivos antigravitatorios que había instalados en el aparato para neutralizar los efectos de las enormes aceleraciones, los dos jóvenes fueron proyectados con violencia hacia un extremo de la sala de mandos.

Desde el suelo miraron con ansiedad la pantalla general, esperando y temiendo al mismo tiempo el resultado de su acción.

La compacta nube de satélites y astronaves enemigas se acercaron con rapidez meteórica, produciendo el efecto óptico de que iban a chocar irremisiblemente contra la base terrestre.

El televisor fue ocupado totalmente por uno de los colosos del espacio rodeado de su cohorte de astronaves, Elizabeth creyó ver en él un monstruo apocalíptico que fuera a devorarlos.

Pero en el último instante, cuando la catástrofe parecía inevitable, un muro invisible se interpuso entre los dos satélites y el gigantesco enemigo tropezó en él, licuándose en una pequeñísima fracción de tiempo.

Y los dos muchachos contemplaron el espectáculo más horripilante que ojos humanos vieran jamás.

Tras el primer satélite, avanzó otro, agrandándose prodigiosamente hasta que dio la impresión de que se adentraba en la sala de control por la pantalla.

Se fundió en una décima de segundo más tarde e inmediatamente fue reemplazado por un tercero que no tardó en sufrir la misma suerte.

Los dos jóvenes perdieron la noción del tiempo viendo cómo la pantalla se iluminaba incesantemente por los fulgores rojizos en que se convertían los ingenios bélicos de Morolo.

Todo ocurrió con tanta rapidez que, cuando se pusieron en pie, la pantalla televisora había quedado limpia de destellos rojizos, y en su superficie estaban reflejados los ilimitados espacios siderales.

Sus enemigos habían sido destruidos.

De los ciento cincuenta mil aparatos que momentos antes les acosaban, batiendo el cosmos con el formidable rugido de sus motores, no quedaba ni el menor rastro. Lupton se convenció de ello y expelió un suspiro de satisfacción, mientras Elizabeth se ocupaba en secarle el abundante sudor que inundaba su frente.

—Wastan, ¿sabe lo que ha sido de los morolenses que se dirigieron al polo sur de nuestro planeta? —preguntó el inspector al jefe de observación.

—Sí, señor. Han comunicado de la Tierra que sus astronaves se han estacionado en el interior de nuestra atmósfera, a unos veinte kilómetros y que centenares de millones de morolenses flotan sobre el casquete polar.

—Gracias, Wastan. Comunique que en este momento nos dirigimos hacia allá y que intentaremos... No sé lo que intentaremos, pero vamos hacia allá. Black, ya lo ha oído. Recupere los mandos y a toda velocidad. Nos aproximaremos a la Tierra hasta una distancia de dos mil kilómetros.

—A la orden, señor—respondió el jefe de máquinas—. Y permítame que le felicite por su audaz estratagema, señor. Ha sido admirable... su sangre fría... En fin, señor; cuando vi lo que hacía, me quedé horrorizado.

—Gracias, Black; pero guarde sus felicitaciones para después de la lucha que nos espera.

La pantalla se llenó de una blancura inmaculada que refractaba la luz solar con dureza metálica. Aparecieron los hielos perpetuos del polo sur y, sobre la gélida superficie, se veían danzar, en número inconmensurable, una serie de puntitos diminutos que se movían con lentitud.

—Estos son los pulpos—dijo Lupton señalando la densa nube de manchas—. Y estas deben de ser las astronaves y los satélites artificiales. Su mayor tamaño y su inmovilidad parecen demostrarlo.

—¿Y qué piensas hacer cuando lleguemos sobre ellos, Cecil? ¿Usarás los ultrasonidos?

—Aún no sé lo que haré. Elizabeth; pero si no hay otro remedio... Afortunadamente en estas regiones árticas no hay núcleos de población y no causaremos víctimas humanas.

—Pero, Cecil. ¿Has pensado lo que ocurrirá en la Tierra si los

ultrasonidos funden en una fracción de segundo todo ese hielo?

—Precisamente esto es lo que me decide a hacer uso del proyector —le interrumpió el joven—. El hielo absorberá todo el calor que produciremos y…

El satélite terrestre acababa de situarse sobre el enemigo, y el imponente ejército se agitó en todas direcciones al observar su presencia.

Las astronaves y satélites enemigos empezaron a remontarse con fantástica rapidez al tiempo que sus armas entraban en funciones.

Pero Lupton no le dio tiempo a que completaran la maniobra defensiva que habían comenzado.

Él proyector de ondas ultrasónicas enfocó la totalidad del casquete polar cubierto de enemigos, y reduciendo la potencia al mínimo, apretó el disparador por espacio de medio segundo.

Nuevamente, la acción se desarrolló a una velocidad de vértigo.

Los primeros en sufrir las consecuencias de los ultrasonidos fueron los centenares de millones de cefalópodos que flotaban en el aire y los que se habían posado sobre el hielo.

Los aparatos se agitaron estremecidos por la tormenta de vibraciones y se pusieron al rojo blanco. En el mismo instante, una imponente masa de vapores se desprendía de la helada superficie polar, elevándose en densas oleadas que ocultaron a la Tierra.

Pero las naves y los satélites morolenses escaparon a las fatídicas ondas y se elevaron raudamente, clavándose en el cosmos como dardos luminosos.

Lupton observó la escapatoria con el gesto fruncido y, recordando que aquellos aparatos habían venido de su lejanísimo mundo con la misión de destruir a la humanidad, llevados de un fin egoísta, y la reciente muerte de su jefe, ordenó:

—Black, ponga rumbo tras esa horda. El cielo terrestre ha de quedar limpio de enemigos.

El jefe de máquinas no se hizo repetir la orden, y el gigantesco satélite saltó una vez más en el cosmos en dirección a sus enemigos.

La maniobra resultó acertadísima, puesto que los morolenses no pensaban en huir. Su única intención había sido ganar altura para contraatacar. Al parecer aquellos seres estaban dispuestos a cubrir su objetivo o a morir en el intento.

Y esto fue lo que les sucedió. Envanecidos por el triunfo que había obtenido antes con el satélite del superintendente del S. C. I. S., se revolvieron ágilmente, una vez que se alejaron de la Tierra lo suficiente para maniobrar con libertad e intentaron rodear la base

mandada por el inspector.

Su intento resultó un fracaso. En el mismo instante que se detenían en el espacio dispuestos a esparcirse en todas direcciones, el proyector de ondas ultrasónicas les envió una descarga a la máxima potencia, y el último bastión del ejército morolense se licuó en el cosmos con escalofriante chisporroteo.

La lucha había terminado. La humanidad terrestre estaba libre del peligro escarlata que la había amenazado.

Y en aquel momento la pantalla del radio-visor se iluminó y apareció el rostro del presidente del gobierno terráqueo.

—Les felicito—dijo el hombre de Estado—. Su valentía y decisión han salvado a nuestro mundo de la mayor hecatombe que han conocido los siglos. Cuando arriben a nuestro planeta, vengan a verme; deseo estrechar las manos de dos héroes.

—¿Ha causado muchos estragos el hielo fundido? —preguntó. Lupton preocupado.

—Hasta ahora, sólo se observa una gran perturbación atmosférica y una pequeña subida en el nivel de los océanos, inspector. Pero no se preocupe por esto. Nuestros científicos están dedicándose en estos momentos a solidificar químicamente lo que los ultrasonidos licuaron.

—Sus palabras me liberan de un gran peso, señor. Creí que por evitar una catástrofe había originado otra y… Dentro de unos momentos estaremos ante usted, señor.

—¿Y qué ha sido de los hombres sometidos a la muerte helada y de los cerebros vivientes que daban vida a los hombres de otros siglos, como en el caso del profesor Reader, señor?—preguntó Elizabeth con curiosidad profesional.

—La mayoría serán vueltos a la vida, señorita. Pero antes han de sufrir un proceso que los libere de la influencia de los pulpos.

—Black, rumbo a la Tierra, a la ciudad Federal…

Lupton iba a seguir dando órdenes, pero Elizabeth le abrazó emocionada y los dos jóvenes se unieron en un beso apasionado, que. el presidente de la Tierra presenció con una sonrisa aprobatoria.

Los dos héroes que habían salvado a la humanidad, enfrentándose a los mayores peligros, sucumbían ahora ante la fuerza arrolladora de su amor.

FIN

INDICE

NOVELA ORIGINAL

INDICE

NOVELA ACTUAL

IX	58	

NUNCA EL EXITO

de una publicación ha sido tan verdad como
el logrado por las

AVENTURAS DE

Y U K I

EL TEMERARIO

Historia de un piel roja que luchó por su honor
y por el de su tribu.

LOS CHIRICAUAS

defendiendo sus derechos y tradiciones.

Los títulos publicados:

YUKI EL TEMERARIO
TAM TAM DE GUERRA
LA LEY DEL LATIGO
INVASION INDIA
ODIO DE RAZA
LA SOMBRA DE YUKI
JUGANDO CON LA MUERTE
EL PUENTE TRAGICO
APARECE ‘TORO BRAVO"
LA CELADA DE LOS NAVAJOS

GARANTIZAN EL GRAN EXITO
CONSEGUIDO POR
ESTAS INTERESANTES AVENTURAS
GRAFICAS.

ROBERTO ALCAZAR
Y
PEDRIN

LAS AVENTURAS DE UN DETECTIVE
ESPAÑOL Y SU AYUDANTE
son conocidas por todos los buenos catadores
de aventuras gráficas.

SI USTED... no las conoce

Y GUSTA DE ESTE TIPO DE PUBLICACION

SE LAS RECOMENDAMOS

si no gusta de esta dase de aventuras

con ilustraciones

RECOMIENDELA

al chico que desee

pues se trata de la colección más

EMOCIONANTE Y SINGULAR DE
CUANTAS
SE PUBLICAN EN ESTE GENERO

Creada por

EDITORIAL **VALENCIANA**

LECCIÓN LUCHADORES DEL ESPA

ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS

7. —Detrás del Universo. *Karel Sterling*.
8. —¡Karima!, *Profesor Hasley.*
9. —Él bosque petrificado. *Profesor Hasley*.
10. —Energía Z. *Profesor Hasley*.
11. —Fantasmas siderales, *Karel Sterling*.
12. —El túnel transatlántico, *Profesor Hasley*.
13. —El mundo subterráneo. *Profesor Hasley.*
14. —Entre Marte y Júpiter, *Joe Bennett*.
15. —Separación Asteroidal. *Joe Bennett*.
16. —Náufragos del Universo, *Joe Bennett.*
17. —La Isla de otro mundo, *Eduardo Texelra.*
18. —El tiempo desintegrado. *Karel Sterling*.
19. —El conquistador del mundo, *Prof. Hasley.*
1. —El ejército sin alma. *Prof. Hasley*.
2. —Mensajes de muerte, *Karel Sterllng*.
3. —Motín robótico. *Joe Bennett*.
4. —Cita en la Luna, *Van S. Smith.*
5. —Misterio en la Antártida, *Larry Winters.*
6. —Cosmoville, *Joe Bennett*.
7. —Ataúdes blancos de Oberón, *Karel Sterling*.
8. —Nosotros loa marcianos, *Karel Sterling*.
9. —El doble fatal. *Joe Bennett*.
10. —La ruta perdida, *Karel Sterling*.
11. —Embajador en Venus, *Van S. Smith*.
12. —El astro prohibido, *Joe Bennett.*
13. —Niebla alucinante. C. *Aubrey Rice.*
14. —La hierba del cielo, *Joe Bennett*.
15. —¡Nos han robado la Luna!, *Joe Bennett.*
16. —Rutas Ignoradas, J. *Neg-rl O'Hara.*
17. —Un cadáver en el aerolito, *Henry Keystone.*
18. —La Diosa de Venus, *Joe Bennett*.
19. —Condenados a morir, *Joe Bennett*.
20. —La barrera de las sombras, *A. S. Jacob.*
21. —Las huellas conducen... al Infierno, *Van S- Smith.*
22. —El Planeta de nadie, *Henry Keystone.*
23. —Regresaron dos muertos, *Joe Bennett*

1. —El mundo de los seres condenados, *J. Negri O'Hara.*
2. —E1 Planeta maldito, *P. Danger.*
3. —Asesino Interplanetario, *Henry Keystone.*
4. —Extraños en la Tierra, *Van S.* Smith,
5. —Marionetas humanas, Víc Adame
6. —La nave pirata, *Joe Bennett.*
7. —Los aventureros de Júpiter, *Joe Bennett.*
8. —Cuatro a Mercurio, Peter *Kapra.*
9. —Donde empieza el límite. J. *Negri O'Hara.*
10. —La onda invencible, *Joe Bennett.*
11. —Eratom 225, Prof. *Hasley.*
12. —Después de la hora final, *Van S.* Smith.
13. —Bases submarinas, J. *Negri O'Hara.*
14. —Nieblas blancas, P. Danger.
15. —Submares de muerte. *Joe Bennett.*

16. —La espacionave del terror. *Joe Bennett.*
17. —Las estrellas amenazan, *Van S. Smith.*
18. —Rebelión en la galaxia, V. *A. Cárter.*
19. —El umbral de la Antártida, *P. Danger.*
20. —Los hombres del más allá. P. *Danger,*
21. —Bloqueo en el espacio. *Ray Kualiter.*
22. —La muerte azul, *V. A. Cárter.*
23. —Un mensaje en el espacio, *Van S. Smith.*
24. —Viaje hacia la muerte, *Prof. Hasley*.
25. —¡Descohesión !, P. *Danger.*
26. —La nueva raza, *V. A. Cárter*.
1. —El extraño viaje del Dr. Main. *Van, S. Smith*.
2. —Venus llama a la Tierra, *Van S. Smith.*
3. —Sonidos silenciosos de Venus, *V. A Cárter.*
4. —La ruta de los pantanos, P. *Danger.*
5. —¡Ayúdanos, terrestre!, V A. *Cárter.*
6. —Polizón en el espacio, *Edward Wheel*.
7. —El nuevo poder, *Van S. Smith*
8. —Prisión cósmica, V. A. Cárter.
1. —El misterio de la misión Silverton, *J. Negri O'Hara.*
2. —Intrusos siderales. *Van S. Smith.*
3. —La Tierra no puede morir, V. *A. Cárter.*
4. —La amenaza sin nombre, P. *Danger.*
1. —Luna ensangrentada, *Van S. Smith.*
2. —Diablos de la Ionosfera, *Van S. Smith*.
3. —Viaje al infinito, *P. Danger.*
4. —Cargamento para el infierno, *V. A. Cárter.*
5. —La locura de Bevinton, *Van S. Smith.*
6. —El planetoide maldito, *Van S. Smith.*
7. —Los Hombres Gusano de Cerea, *Leo MacDonal*.
8. —Los Vampiros de la Muerte, *Leo MacDonal*.
9. —Cautivos de Voidan, *V. A. Cárter.*
10. —Atentado a la Tierra, *J. Scott Barry.*
11. —Comandos en el espacio, *Edward Wheel.*

La astronave "Júpiter" pretendía únicamente explorar las desconocidas profundidades de la impenetrable atmósfera del mayor planeta del Sistema Solar. Sin embargo las consecuencias iban a ser muy distintas de lo previsto.

Con estas premisas se inicia la fascinante novela que

V. A. CARTER

nos presenta bajo el título

PUEDO DOMINAR EL MUNDO

¡Adquiérala! Nuestros lectores ya conocen sobradamente la calidad, emoción y desenlaces inesperados que este prestigioso autor es capaz de introducir en sus producciones. No le diremos más. Unicamente recuerde que

PUEDO DOMINAR EL MUNDO

escrita por

V. A. CARTER

se publicará en el próximo número de la prestigiosa colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA

Precio: 7 pesetas.

Distr. en Argentina por ALFIL, S. A. Maipú, 924. Bs. As.